

La Revista

Blanca.

PUBLICACION QUINCENAL DE
SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

SUMARIO

La crítica de la anarquía (conclusión). Alfredo Naquet.—El Castillo Maldito (continuación), Federico Urales.—Crónica científica, Tarrida del Mármol. Un sobrino de Timón, G. Clemenceau.—Crónicas de Arte y de Sociología, J. Pérez Jorba.—El lobo, A. Toussenel.—Nuestro Congreso antimilitarista, F. Domela Nieuwenhuis.—Observaciones sociales.

ADMINISTRACION

1, CRISTOBAL BORDIU, 1

MADRID

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.º VI-N.º 126

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

15 de Septiembre de 1903

LA CRITICA DE LA ANARQUIA

LOS FONDOS DE RESERVA

(CONCLUSIÓN)

Que la eliminación de este factor sea de naturaleza á disminuir la suma del esfuerzo humano y por consecuencia la producción, que es el resultado de este esfuerzo, no es tampoco dudoso hasta el día, al menos en que la mentalidad del hombre haya sufrido profundas modificaciones.

Pero este es sólo un dato del problema, y hemos de preguntarnos si después de haber obrado como estimulante de la producción, no tocará al interés individual manifestar su acción en sentido contrario.

Viendo esta segunda fase de la cuestión, nos sorprenderá el nuevo aspecto que le hace tomar este estudio.

El cebo del beneficio impulsa al industrial á producir mucho, á disminuir sus gastos generales, á bajar el precio de los objetos que fabrica, y aumentar así seguidamente el valor de su industria.

Pero á la par la misma atracción del beneficio lo confina en la lucha por la existencia, lo aleja de ayudar á los otros, lo obliga á perseguir el aniquilamiento de sus competidores con igual energía.

Vencedor ó vencido, la guerra traerá ruinas; y aun si los adversarios se mantienen en sus posiciones semejarán á los pueblos que aniquilan la paz armada. La competencia á que se entregan, les suscita dificultades sin número que detienen la producción.

Así, pues, si por un lado el interés individual activa el trabajo, mejora los productos y disminuyendo los precios, los pone al alcance de todos, por otro dificulta la obra, destruye los productos y levanta el precio.

No es fácil determinar hasta qué punto se compensan estos dos efectos; pero no puede negarse su coexistencia.

Añádase á esto la incoherencia de la producción no solidaria en nuestra época, la abundancia de ciertos productos y la insuficiente fabricación de otros, los períodos de crisis que suceden á los de prosperidad, el vaivén continuo del péndulo económico que opera el equilibrio móvil de la industria, y nos inclinaremos á pensar que hoy por hoy la acción bienhechora del interés individual no compensa su acción nociva.

Es posible, y así lo creo, que á fin de cuentas, hechas todas las compensaciones y tras una corta transición de incertidumbre y confusión, la Sociedad comunista pudiera no empobrecerse, más aún, enriquecerse infinitamente más que la actual.

Los economistas de la escuela oficial objetarán tal vez, que los *trusts* americanos

centralizan las diferentes ramas de la producción, proporcionan la fabricación necesaria é imprimen así á la industria una regularidad que excluye las crisis y los fracasos, al mismo tiempo que aportan un elemento de orden capaz de paralizar los malos efectos de la competencia.

Si tales economistas llegan á esta conclusión después de haberse hecho durante más de un siglo los defensores más resueltos de la competencia industrial, podríamos muy bien responderles que los *trusts* aminoran la importancia del *factus personal*, transforman cada cuerpo de industria en una administración completamente semejante á las administraciones públicas, y preparan mejor que los más ardientes socialistas la explotación colectiva del porvenir.

Como los sindicatos obreros, como las cooperativas, como las ligas de todas clases, el *trust* es uno de los órganos, ó el embrión al menos de uno de los órganos que toda Sociedad elabora en vísperas de su transformación, y que, infiltrándose cada día más profundamente en las instituciones del pasado, llegan á penetrarlas, á reducirlas y creciendo sin cesar, acaban por ahogarlas y por sustituirlas. El *trust* concurre á formar un estado social intermediario, híbrido, destinado á facilitar la transición entre la sociedad existente y la que ha de sucederle.

Regularizando desde ahora el trabajo nacional, el *trust* nos hace adivinar para el momento en que la social transformación sea un hecho realizado, una regularización perfecta en la cual, disminuyendo aún el aniquilamiento del capital, contribuirá poderosamente al desarrollo de la actual riqueza.

Podemos, pues, inferir de las diversas causas que acabamos de examinar, que dentro de un comunismo en que fuera excluída toda guerra económica, la riqueza aumentaría con más rapidez que actualmente. Si así fuera, parece natural suponer que manejando mayor cantidad de capital de reserva, esta nueva Sociedad había de retirar una parte relativa menor del producto común. Estaríamos entonces en el derecho de concluir que cuanto actualmente se retira del capital es excesivo, si no en la forma de sociedad en que vivimos, al menos en comparación con lo que exigirá una Sociedad nueva.

Otra consideración puede hacernos pensar que hay exageración en las economías realizadas por los capitalistas, y que los aumentos de salario constantemente reclamados por los obreros están lejos de comprometer nuestras industrias nacionales como pretenden muchos economistas burgueses.

Para el capitalista de hoy, el capital no es un simple elemento de goce personal. Sólo seres inferiores lo acumulan con tan baja mira. Tal idea, además, no les llevaría lejos. Las rentas de los millonarios alcanzan pronto tales proporciones, que no pueden ser gastadas en la satisfacción de necesidades. Si sólo existiera este fin egoísta, llegados á tal límite, las monedas de oro no tendrían más valor para sus poseedores que el de un pedrusco cualquiera y en este punto ó poco después pararía la acumulación.

Por otra parte, hay pocos financieros que se den cuenta de sus funciones en el mundo. La mayoría las llena sin comprenderlas. Ignoran que—mientras llega la *comunicación* de los instrumentos de producto—son ellos los gerentes de la fortuna pública. Y cuando colocan sus economías no saben que trabajan en la constitución de una reserva indispensable. Si tuvieran esa noción, examinarían si dicha reserva no es ya suficiente y si deben aumentarla por su parte. Pero faltándoles conciencia de esto, obran automáticamente y no pueden ser influidos por las consideraciones del interés general.

¿Por qué, pues—se preguntará acaso—continúan amontonando capitales si á ello no les lleva el interés de la sociedad, ni al propio de satisfacer los menores caprichos?

Su móvil es de muy distinta naturaleza.

El capital en nuestros días se ha hecho un instrumento de poder y dominación; y ese dominio y poder es lo que ellos buscan.

Oímos decir á diario que vivimos bajo un régimen democrático. Nada más erróneo; no puede haber verdadera democracia donde la igualdad política no está basada en la igualdad económica. Vivimos en realidad bajo una plutocracia.

Los monarcas más absolutos, los potentados más terribles en apariencia, el czar, el emperador de Alemania, no son más que fantoches y apenas si las Cámaras, Senados, reyes constitucionales, presidentes de república, pesan lo más mínimo sobre los destinos de los pueblos.

Los dueños del mundo son los Rockefeller, los Pierpont, los Morgan, aquellos á quienes los americanos llaman por irrisión *reyes* y que en realidad lo son.

Tal vez no tienen conciencia de esta situación ni los unos ni los otros. Cuando Guillermo II invitó á Pierpont á su mesa, imaginó tal vez hacía á este detentador de los millones del mundo un honor insigne. Posible es que Pierpont compartiese esta opinión con el emperador y se sintiera muy halagado por tal honor.

Pero en realidad el *señor* era el *financiero*, y el emperador quien le rendía homenaje.

No fundan los capitalistas su imperio por su fausto, por su lujo, ni aun por su caridad. Los más de entre ellos, relegan su ostentación á sus mujeres y viven una vida modesta, demasiado ocupados y preocupados para tener tiempo de gozar.

Su fuerza reposa esencialmente en la parte de fondo de reserva social que hacen afluir hacia sus cajas, de que se constituyen en gerentes. Por esta gerencia únicamente son poderosos. Ella les permite aniquilar ó dar vida á las empresas, levantar ó deprimir el crédito de los Estados, imponer sus leyes á los políticos, decidir de la paz y de la guerra, gobernar, en una palabra.

Si tratan de aumentar continuamente sus tesoros, es en virtud del principio que determinaba en otro tiempo la competencia por el poder político y que aún la determina: ya en los hombres de cortos alcances que continúan creyendo en la utilidad del *juego á derribar ministerios* que se practica en los parlamentos; ya en los espíritus más avisados que ven en ello un medio de aproximarse al poder verdadero, ya, en fin, entre los socialistas que esperan devolverle su antigua preeminencia y servirse de él para derribar la plutocracia.

Y si es la parte que poseen del capital reservado la que engendra el poder de los plutócratas. ó si ésta es la que reemplaza para ellos al óleo de la consagración, en su interés está acrecentarla lo más posible.

Y como uno de los medios que tienen de acrecentarla, es disminuir lo más posible el reparto de productos ó, al menos, no aumentarlo, se concibe que su actividad tienda á la acumulación en detrimento del trabajador.

Parece, pues, desprenderse de estas premisas que en el punto de la historia en que nos hallamos, la tendencia á la economía es mucho mayor de lo que debiera, y que sería posible, sin que peligrara la civilización, distribuir á los productores, como lo reclaman socialistas y anarquistas, más larga parte del fruto de su trabajo.

VII

Viene aquí una nueva cuestión. La gerencia capitalista trae consigo la exageración de la reserva. Pero la misma gerencia ejercida por los productores, ¿no produciría un fenómeno inverso al precedente?

En las sociedades anónimas los administradores son siempre los que quieren reservar y los accionistas los que claman por la distribución. No hay Junta general donde no se manifieste esta tendencia, tímidamente al menos, si no se atreve á imponerse.

En un medio comunista tocaría decidir al conjunto de la población laboriosa; ella es la asamblea general de accionistas de la sociedad universal. Y en este caso, ¿no se inclinaria hacia un exceso de prodigalidad en la distribución de los productos?

No veo por mi parte qué responder á los que tal temor manifiestan. Y encuentro en esto un motivo más para pensar que si el comunismo integral se realiza un día no será sin que le preceda un período de colectivismo y á condición de que la mentalidad humana se adapte gradualmente á excluir toda idea de catástrofe y de golpe de mano.

Porque—lo repito convencido de la importancia de esta noción— el comunismo es asunto de producción.

Para que todos tengan la facultad de explotar sin cortapisa los almacenes generales y tomar en ellos los productos indispensables á la vida, es necesario que haya para todo el mundo.

Esta condición se impone aun para el *rationamiento*: si todos los productos han de someterse á esta forma de distribución, es necesario que su abundancia sea suficiente, si no para que cada cual se surta á su antojo, al menos para que á todos alcance una fracción, por pequeña que sea.

Bajo este límite, el *rationamiento* es impracticable, y mientras una contabilidad se imponga, el colectivismo triunfa sobre la anarquía.

He creído deber extenderme en este capítulo, sobre la cuestión de los fondos de reserva, porque se impone en el debate, y, lo mismo los colectivistas que los anarquistas, parecen esquivarla. Si quieren llevar la convicción á los espíritus, que abandonen sus vanas protestas del acaparamiento operado por los capitalistas, y que aborden este esencial problema que, si no es el único, es al menos el esencial.

Ya muchas veces los he llamado á este terreno, no para atraerlos á una emboscada, sino en la esperanza de ver desgarrado el velo que me impide ver con claridad suficiente la sociedad objeto de mis más ardientes aspiraciones. Y nuevamente los llamo. ¿Vendrán esta vez, ó continuarán absteniéndose y tendremos que concluir que, en cuanto concierne á la concepción anarquista, la dificultad es actualmente insoluble?

El reparto comunista.

I

De que el comunismo completo no aparezca inmediatamente susceptible de pasar á los hechos, no se puede inferir que éste deje de ser un ideal y que no podamos desde nuestros días tratar de aproximarnos á él en diversos puntos.

Ya hace tiempo que empezó á manifestarse una tendencia de esa naturaleza, y Kropotkine, en *La conquista del pan*, saca, á propósito de instituciones actuales, ejemplos de consumo colectivo verdaderamente dignos de atención.

Surgen al mismo tiempo bajo mil diversos aspectos nuevas organizaciones basadas sobre el principio de «á cada uno según sus necesidades»; porque sin una cierta dosis de comunismo no podrían vivir las sociedades actuales. A pesar del giro egoísta que da á los espíritus la producción mercantil, la tendencia comunista se revela á cada instante y penetra bajo todas formas en nuestras relaciones.

El puente, cuyo paso se pagaba antes, se ha convertido en monumento público. La

carretera empedrada que se pagaba en tiempos á tanto por legua, sólo existe ya en Oriente.

Los museos, las bibliotecas libres, las escuelas gratuitas, las comidas comunes á los niños; los parques y jardines abiertos á todos; las calles pavimentadas, alumbradas, libres para todo el mundo; el agua enviada á domicilio con tendencia general á no contar la cantidad consumida, son otras tantas instituciones fundadas sobre el principio de «Tomad lo que queráis».

Son estos evidentemente hechos típicos y no hay duda de que otros tales se seguirán á medida que la abundancia de la producción lo permita.

No data de ayer la campaña de Barrucand en demanda del pan gratuito; y no es aventurado pensar que tal problema se resuelva un día sin grandes obstáculos. Las capacidades estomacales son limitadas; un hombre no puede derrochar pan, de modo que, dada la tendencia á aumentar considerablemente la producción del trigo, la repartición no ofrece dificultades insuperables. La panadería mecánica, por lo demás, ha realizado ya progresos considerables y lo que se dice del trigo en bruto puede extenderse al pan.

Después del pan, y gradualmente, puede preverse la entrada en el consumo colectivo de otros géneros, como el arroz, patatas, judías, lentejas, alcohol rectificado, electricidad, gas y petróleo.

En cuanto al vino, y más aún á la carne, surgen dificultades no aparecidas hasta aquí.

El trigo es igual en todas partes. La libra de un pan equivale á la de otro. Si existen gustos diferentes, si uno prefiere la miga y otro la corteza, si un estómago exige pan cocido y otro tolera el pan fresco, las diferencias de preparación que corresponden á esta diversidad de gustos no suponen variaciones apreciables en el precio de la fabricación, y todo puede fácilmente ser atendido.

Lo mismo acontece con los otros productos citados: el arroz, las patatas, etc.

Pero todos los vinos distan mucho de halagar el paladar del consumidor en el mismo grado y, á menos que admitamos la posibilidad de recoger de cada viña el mosto suficiente para satisfacer á todas las exigencias—suposición manifiestamente absurda—no veo yo el medio de realizar una repartición equitativa de los vinos generosos y de los abundantes y no abocados del Mediodía.

Los que llegaran primero consumirían la totalidad del Borgofia, del Burdeos, Champagne, y no dejarían para los demás sino las marcas inferiores.

Sería, en efecto, fantástico pensar en una modificación tan profunda de la mentalidad humana que, dominando el altruísmo, buscarse cada cual el más inferior de los vinos para dejar á los demás los superiores.

Y en el caso de la transformación de la mentalidad humana, el problema quedaría sencillamente invertido. No pudiendo el consumidor hacer por sí mismo una estadística general, ni determinar la parte que en el disfrute total le correspondía á cada cual para tomar la suya sin excederse, serían los productos superiores sistemáticamente abandonados á los últimos que llegasen. Estos serían entonces los favorecidos, como se observa en las comidas de gentes bien educadas, donde los primeros en servirse toman las porciones peores. La injusticia, aunque invertida, continuaría subsistiendo.

Y cuanto hemos dicho del vino se puede hacer extensivo á la carne, cuyas diversas clases, vaca, ternera, carnero, volátil, corresponden á gustos diferentes.

La costumbre acabaría tal vez por determinar la proporción en que los diversos animales debían ser criados. Pero quedarían siempre las buenas y las malas pasiones, la carne de calidad superior solicitada por todos, y la de calidad inferior que todos recha-

zarían. Encontraríamos con respecto á la carne las dificultades que surgieron con respecto al vino, aumentadas y amplificadas.

¿Habrá que recurrir al racionamiento para que todos tengan su parte de buenos y malos bocados? Fuera de las dificultades materiales que tendría este sistema y que analizaremos más adelante, claro está que exigiría, como ya hemos visto, una abundancia relativa de productos racionados. Cuando la producción es ínfima—en este caso están la casa y el vino de un pago limitado—el racionamiento es impracticable, ni aun por turnos sería posible que todos los consumidores disfrutaran estos géneros.

Los productos susceptibles de distribución al modo comunista—á discreción ó por raciones—, son bien poco numerosos.

¿Puede esperarse, sin caer en lo absurdo, que desarrollándose su número llegue un día en que su consumo, hoy forzosamente individualizado, pueda socializarse?

No es inadmisible tal suposición.

Pero tales transformaciones han de operarse, en todo caso, con extrema lentitud. Donde se realicen serán el resultado de una larga serie de progresos ininterrumpidos; y nunca una revolución violenta hará en horas, ni en pocos años, de un producto escaso un producto ilimitado.

Para todo aquello cuya fabricación ha de ser restringida durante mucho tiempo, para todo aquello de que no es posible tomar á discreción y difícil racionarse, es inaplicable el comunismo.

II

Paréceme necesario detenerme aquí á señalar un hecho que no he visto indicado aún en parte alguna.

Existe en la actual sociedad, dicen, la explotación del hombre por su semejante. Quién consume infinitamente menos de lo que produce; quién, infinitamente más.

No cabe duda de eso; pero es erróneo creer que en la sociedad concebida por Kropotkin dejase de existir semejante explotación.

Cierto que no habría cuestión si todos los productos estuvieran al alcance de todos en cantidad indefinida, lo mismo los de lujo que los corrientes: si las máquinas se encargaran de producirlo todo sin la intervención de la actividad humana ó con ayuda de un trabajo tan fácil y llevadero, que más bien pudiese parecer una diversión.

Pero no estamos ahora en el dominio de los cuentos de hadas, y todavía dista mucho la hora en que el hombre pueda disponer de los objetos de lujo como dispone de la atmósfera, ó como podemos desde hoy pensar que se disponga del pan en días venideros.

La escuela anarquista distingue dos partes distintas en la producción.

Por un lado, los objetos indispensables á la vida; por otro, los productos útiles ó agradables, pero no esenciales.

En cuanto á los primeros, se impone una producción social por los grupos fundamentales, el consumo ilimitado ó, al menos, el *racionamiento*, mientras no se arbitre medio mejor.

En cuanto á los segundos, una fabricación realizada por los mismos interesados en grupos constituidos por relaciones personales y espontáneas.

¿Se tiene hambre ó sed? ¿Necesidad de pan, de carne, de vino? Pues no hay sino presentarse en la panadería; en la carnicería ó en el depósito de los líquidos; y sin necesidad de moneda, se recibirán los productos comestibles necesarios.

¿Se tiene frío? Los almacenes de combustibles y los establecimientos de confección suministran el carbón y los vestidos que se requieren.

Podemos también utilizar las moradas existentes para alojarnos, y tomar al guarda-muebles las camas, las mesas y las sillas que exige nuestra vivienda.

Por cuatro ó cinco horas de trabajo al día, todo cuanto necesitamos está en poder nuestro.

Pero si queremos un pañuelo de encajes, ó un piano de cola, ó un libro científico—no hablo de las obras de arte propiamente dichas, que no pudiendo producirse á voluntad, quedarán para los museos—, necesitamos proceder de otro modo.

Yo entraría en tal caso libremente en un grupo de costureros, de factores de pianos, de impresores, encuadernadores, y después de haber pagado mi consumo colectivo con cuatro ó cinco horas de trabajo social, emplearía en los grupos espontáneos las seis ó siete horas que tendría libres. Allí fabricaría mis encajes, construiría mi piano, imprimiría y encuadernaría mi libro.

Contra esta concepción claramente expuesta por Kropotkine, séame permitido elevar una objeción.

Paso cinco horas de la mañana en cultivar el trigo, vigilar el ganado, podar la viña, manejar la máquina de coser, construir casas, fabricar muebles de uso corriente en un taller de ebanistería.

Contribuyo así á dotar á la sociedad de cierta cantidad de trigo, de vino, de vestidos ordinarios, de casas y de muebles comunes.

Divididos entre el número de consumidores estos productos, tocará á cada uno una parte indeterminada, pero no indeterminable.

Supongamos que esta parte se compone de un kilogramo de pan, medio kilo de carne y un litro de vino por persona.

Pero ocurre, dado lo variable de las necesidades individuales, que mi estómago no soporta el vino, que bebo agua y que con medio kilogramo de pan y 125 gramos de carne tengo de sobra para mi alimentación ordinaria.

A mi lado, por el contrario, otro trabajador cuyo esfuerzo ha durado como el mío cinco horas, tiene necesidades físicas mucho mayores. Bebe un litro de vino por comida come dos kilos de pan y se atreve con un kilogramo de carne.

Si todo fuera común, nada tendría yo que decir. Los dos somos hombres. Ambos hemos dado á la sociedad la suma de trabajo pedida, y uno y otro consumimos según nuestras necesidades y gustos. Si mi vecino ha beneficiado en mayor grado de la labor común, ¡mejor para él! No siendo ya el trabajo una pena, no quiero pararme en este detalle. Desde el punto en que hemos satisfecho nuestras necesidades llegamos á la plenitud de la dicha accesible al hombre. Nada más tenemos que pedir.

A la satisfacción de nuestras necesidades corresponde variedad notable en el consumo. Mi vecino bebe y come mucho más que yo; pero quizás conceda poca importancia á su indumentaria, al lujo interior de su casa, á la lectura, etc. Mi consumo literario, artístico, científico, será mayor que el suyo; y como es materialmente imposible en estas materias una dosimetría exacta, tendré á bien considerar que de hecho todo se equilibra; la justicia será respetada.

Desdichadamente las cosas son de muy distinto modo.

El consumo ilimitado está muy lejos de aplicarse á todo.

Yo he trabajado tanto como mi vecino para producir el trigo, la carne, el vino, de que él ha de consumir dos veces más que yo.

Pero mientras mi vecino, después de comer y beber á su antojo, se disponga á entregarse al reposo, yo, cumplidas mis cinco horas de trabajo social, debo volver á trabajar para procurarme los objetos que deseo y que no han de suministrarme los almacenes generales.

Si mi consumo alimenticio igualase al menos al de mis compañeros, se podría sostener que mi consumo total era superior y que me cumplía un exceso de trabajo.

Pero no es este el caso supuesto. Teniendo necesidad de menos alimentos los hubiera producido con dos horas de trabajo, quedándome tres horas libres, que me permitirían el fabricarme los objetos de lujo que son de mi agrado. Con las cinco horas hubiera podido satisfacer todos mis gustos y gozar al mismo tiempo el reposo que mis conciudadanos disfrutan.

Mas no sucede así. Consumiendo menos que mi compañero he tenido que permanecer el mismo tiempo que él trabajando para las materias de primera necesidad; y para obtener la totalidad del consumo á que tengo derecho, me ha sido preciso emplear dos ó tres horas más de trabajo.

Quedo, pues, sacrificado.

Para contradecirlo sería necesario admitir una distinción entre las diversas necesidades, una diferencia entre los apetitos psíquicos y los intelectuales en provecho de los apetitos físicos. Y esto sería contrario á los principios que sirven de base á la idea comunista.

El principio dominante del comunismo es el de que todas las consumaciones equivalen, y que dada la imposibilidad de pesarlos, nadie es explotado si todos consumen según sus necesidades y habiendo trabajado igual número de horas.

Desde el punto en que para obtener los artículos de que tiene necesidad uno trabaja más tiempo que otro, la explotación reaparece; el que hace un esfuerzo menor vive á expensas del otro, como el capitalista de nuestros días vive á expensas del obrero.

Cierto que la situación es al revés; hoy el explotado es el obrero manual por el consumidor del lujo, mientras que mañana pesaría la explotación sobre este último. Pero no por desarrollarse en orden inverso dejan de ser comparables estos dos fenómenos ante la estricta justicia.

La prise au tas no es aplicable sino en una escala muy limitada, susceptible sólo de desarrollarse con gran lentitud gracias al progreso continuo de la agricultura y de la industria. Mientras no abraza todo el campo del consumo humano, dejará subsistir la explotación del hombre por el hombre en una proporción tanto más fuerte, cuanto más restringido es su dominio. Y, finalmente, no puede ser resultado de una expropiación revolucionaria, como lo supone la escuela anarquista.

Alfredo Naquet.

(De *L'Humanité Nouvelle*.)

EL CASTILLO MALDITO

ACTO TERCERO

Personajes que intervienen en él.

- | | |
|-----------------|--------------------------|
| 1 José (Molas). | 16 Capitán (llavero). |
| 2 Antonio. | 17 Francisco. |
| 3 Manuel. | 18 Anselmo. |
| 4 Juan. | 19 Baldomero. |
| 5 Francisco. | 20 Mateo. |
| 6 Enrique. | 21 Cayetano. |
| 7 Domingo. | 22 Alfredo. |
| 8 José (Mesa). | 23 Juez. |
| 9 Soldado 1.º | 24 Portas. |
| 10 Soldado 2.º | 25 Más (cabo). |
| 11 Fernando. | 26 Verdugo 1.º |
| 12 Chiquillo. | 27 Ollé (Juan Bautista). |
| 13 Jaime. | 28 Verdugo 2.º |
| 14 Médico. | 29 Gana. |
| 15 Ramón. | |

Decoración.

La escena representa el calabozo número uno del puente en Montjuich, pero no como en el acto anterior, sino verticalmente. La puerta de entrada al fondo de la escena; á la derecha cuatro ventanas que dan al foso del Castillo y entre unas y otras ventanas, camas de las que usan en los cuarteles españoles. La izquierda cerrada por un muro, y a lo largo de la pared camas también. Las camas de uno y otro lado forman una especie de corredor al centro, por el que pueden pasarse tres presos de fondo. Del techo pende un grueso farol de aceite.

Han transcurrido tres horas del acto anterior. Al levantarse el telón los presos forman varios corrillos sentados ó de pie; algunos están echados sobre las camas; otros escriben en la mesa que se ha improvisado; los hay que leen. Talará continúa tendido en la cama más cerca de la puerta.

BSCENA I

JOSÉ (Molas).

El caso es que yo sólo puedo presentar un testigo: mi hermana. Pasé la tarde del do-

mingo en que explotó la bomba en casa arreglando unas macetas de flores. ¿Valen las hermanas para testigos?

ANTONIO

Claro que valen.

MANUEL

No hay testigos que valgan; tienen malas intenciones y harán con nosotros una barbaridad.

(Lorenzo se separa del grupo y se sienta al lado de la primera ventana mirando hacia fuera.)

JUAN

No comprendo este empeño en ver las cosas negras.

FRANCISCO

¡Es que vosotros no conocéis el Castillo! ¡Subistéis hace pocas horas! Indagad los hechos, inspeccionad los pasos y la actitud de nuestros guardianes, y adivinaréis la suerte que nos espera.

(Este coro se va aclarando; algunos de los presos se separan de él tristes y se tienden en sus camas pensativos; otros se pasean pensati-

vos también desde la mitad de la escena al telón del foro.)

ENRIQUE

Lo que he notado es una cosa.

DOS Ó TRES

¿Qué?

ENRIQUE

Que buscan el lado flaco de cada uno de nosotros, y que si tienen intención de hacer daño lo pagarán los más débiles en influencia y en testigos.

DOMINGO

Es preciso agruparnos y hacernos fuertes.

JOSÉ (Mesa).

Uno para todos y todos para uno.

(Juan se acerca á la cama de Talará; le toma el pulso y le hace preguntas. De los demás presos, unos se ponen á escribir, otros á leer, algunos se tienden en sus camas; los hay que se pasean, y los restantes hablan formando uno ó dos corros. Abrese la puerta y en el fondo se ve al sargento de guardia y al centinela, mientras entran dos soldados vestidos de mecánica con un trapo sucio y una safra en la mano. La puerta se cierra de nuevo.)

ESCENA II

Los mismos y dos soldados.

SOLDADO 1.º

(mirando el farol que cuelga del techo). ¿Hay aceite para esta noche?

TARRIDA

Creo que no.

SOLDADO 2.º

Se lo pondremos.

(Jaime desata la cuerda del farol que está atada á un clavo de la pared y lo baja: un grupo de catorce ó quince presos, imitando á Jaime, Francisco, Domingo, y Chiquillo rodean á los soldados por el lado del foro para evitar que el centinela los vea; Tarrida habla en la ventanilla con alguien de fuera mientras se hace esta operación.)

TARRIDA

¿Han avisado ustedes al médico? *(Pausa.)* Mucho tarda.

FRANCISCO

(á los soldados) ¿Qué hay?

SOLDADO 2.º

(volviendo la cabeza hacia la puerta). Mucho ojo.

DOMINGO

Nadie nos ve.

CHIQUILLO

Tarrida habla desde la ventanilla con el oficial de guardia.

SOLDADO 1.º

Que no la abandone; llevamos cartas del 6 y del 22 para echarlas al correo de esta tarde.

ENRIQUE

¿Bajáis á la plaza hoy?

SOLDADO 2.º

(señalando al 1.º) Este.

SOLDADO 1.º

(poniendo aceite al farol). También llevo periódicos *(dejando la safra, que toma el otro soldado, y sacándose del pecho varios diarios).* Tomad *(los presos se los toman).*

SOLDADO 2.º

¿Tenéis algo?

JAIME

Ahora no; ya lo hemos dado á otro.

TARRIDA

(desde la ventanilla y hacia fuera). ¿Pero vendrá pronto? *(pausa).* Gracias.

SOLDADO 2.º

¡Ea! Ya estamos listos *(los presos abren paso y los soldados se dirigen al foro).*

SOLDADO 1.º

Buenos días y mejor apetito para comer el rancho, que buena falta hace.

TARRIDA

(desde la ventanilla y dirigiéndose á los soldados que andan hacia él). ¿Ya está aviado el farol?

SOLDADO 2.º

Para toda la noche; hasta mañana *(se abre la puerta; entra el oficial de guardia seguido del médico en traje de cuartel; al otro lado de la puerta está formada la guardia; salen los dos soldados).*

ESCENA III

Los presos, el Oficial de guardia
y el Médico.

MÉDICO

¿Tenemos enfermos?

TARRIDA

No estaba muy bien de salud, y la cuesta
del Castillo se la ha empeorado.

MÉDICO

(*á Talard y disponiéndose á reconocerle*).
¿Qué tiene usted, buen hombre? (*le toma el
pulso; los presos se reúnen todos alrededor de
la cama de Talard*).

RAMÓN

(*con voz muy débil*). Me ahogo; apenas pue-
do respirar y siento grandes dolores en el
lado izquierdo del pecho.

MÉDICO

(*aplica el oído al sitio del corazón, y dice
dirigiéndose al Capitán*). El caso es que en el
Castillo no hay enfermería.

CAPITÁN

Y la orden no puede ser más terminante
respecto de la estancia del preso en el Cas-
tillo.

JUAN

Sí, pero el pobre está muy enfermo y si
en la fortaleza no hay manera de curarlo...

FERNANDO (Tarrida).

No es humano...

CAPITÁN

Lo comunicaré al Sr. Gobernador y él dis-
pondrá lo que estime conveniente.

MÉDICO

(*á Ramón*). De todas maneras, dispóngase
usted á salir del Castillo. Yo me encargo de
participar el estado de usted al Sr. Goberna-
dor, y si me atiende, como espero, será us-
ted conducido al Hospital militar ó á la en-
fermería de la cárcel en una camilla. (*El
Médico, el Capitán y el Oficial de guardia se
retiran; el último cierra la puerta; Ramón se
echa otra vez sobre la cama y Juan lo cubre
con la manta*).

ESCENA IV

Los mismos, menos el Médico, el Capitán
llavero y el Oficial de guardia.

FERNANDO

Vamos, que hasta ahora no se lleva mal
con nosotros esa gentel

FRANCISCO

¡Ya veremos, ya veremos!

ANSELMO

¡Pero hombre, qué empeño.

MANUEL

Los hechos... Tenemos en el tormento á
Gana, Aschery, Ollé... y los que irán.

JUAN

¡Sí, hombre, sí; ya lo sabemos! (*Se oye el
ruido del cerrojo, ábrese la puerta y aparece el
Capitán llavero en el umbral seguido de cuatro
soldados con la bayoneta calada; los soldados
se quedan fuera.*)

ESCENA V

Los mismos y el Capitán llavero.

CAPITÁN

(*gritando desde el umbral de la puerta*). ¡José
Molas, con todo!

BALDOMERO

¿En libertad?

CAPITÁN

¿Y á usted qué le importa?

MATEO

¡Ya lo creo que nos importa!

José (Molas).

(*que habrá cogido un pequeño lio de ropa; y
emocionado*): ¡Compañeros, me voy, y no sé
por qué me parece que es para no volver!

JUAN

¡Animo!

FERNANDO

¿Tienes dinero?

JAIME

(*voz baja*). Dinos dónde te meten; ya sabes
cómo.

DOMINGO

En algún calabozo de la Plaza de Armas.

FRANCISCO

Éste va al cero.

(*Molas desaparece por el foro; el oficial de
guardia cierra la puerta; al hallarse solo se*

levantan todos los presos como movidos por un resorte; hasta Talará se incorpora en la cama; hablan y se agitan con ansiedad febril.)

CAYETANO

Latas, más latas; hay que escribir á todas partes.

BALDOMERO

A Madrid.

FERNANDO

A París.

VARIOS PRESOS

Hay que escribir...

JUAN

A todas partes.

MATEO

(con recelo). ¿Quién se llevará las cartas para que salgan hoy?

ENRIQUE

Porque es preciso que salgan hoy.

FERNANDO

El teniente que da la guardia me ha parecido muy buena persona.

ALFREDO

¡Pues á trabajarlo!...

RAMÓN (Talará)

(voz baja). Yo me las llevaré. (Y se deja caer en la cama.)

VARIOS PRESOS

¡Ah, sí!

(Cae el telón del primer cuadro pausadamente, mientras los presos se disponen á escribir sentados en diferentes puntos y de distintas maneras.)

CUADRO SEGUNDO

Decoración.

Representa el pabellón núm. 12 de la Plaza de Armas, donde el juez toma declaración á los prisioneros. La estancia es pequeña y pobre. A la derecha, una mesa entre una ventana y una puerta vidriera de alcoba; en la vidriera, cortinas rojas; al frente de la mesa, pero al otro lado de la escena, otra puerta de alcoba con vidrieras y cortinas rojas también. La puerta de entrada, al fondo y abierta; de la puerta de entrada parte un corredor vertical, y al final de este corredor otra puerta abierta también. En el corredor se pasean dos ó tres

verdugos vestidos de paisano. Cerca de la mesa estarán sentados, el juez, de espaldas á la pared; el cabo Más, su secretario, al otro lado de la puerta hablando con los verdugos. Portas se pasea por la estancia.

ESCENA VI

Portas, Juez.

JUEZ

(á Portas). ¿Cómo andan los de abajo?

PORTAS

Hasta ahora resisten, pero cantarán.

JUEZ

Y si no cantan se les hace firmar en blanco; alguno de ellos ha de ser, y del uno al otro, en cuanto á criminalidad, la diferencia es poca.

PORTAS

Mis confidencias son de que el autor es Llombart.

JUEZ

¿Lo dice Llagostera? (á una señal de Portas). ¡Cuando él, que los conoce tan bien, lo dice! (pausa). Pero es el caso que Llombart se ha escapado y que nuestro prestigio, el de nuestras representaciones y hasta la tranquilidad pública, exigen que se coja y se fusile al autor del crimen que perseguimos.

PORTAS

No se apure usted, qué autores no han de faltarnos. De las bombas del Liceo ya se había declarado autor Codina, cuando se capturó á Salvador. ¿Lo recuerda usted? Total: igual para la justicia y para el principio de autoridad. Criminal y castigo no habrá de faltarnos.

JUEZ

(beatíficamente). Sin embargo, hay que hacer todo lo posible para encontrar al verdadero culpable antes de que el tormento lo fabrique.

PORTAS

Naturalmente; pero me parece inútil. Es gente acostumbrada á estas luchas, y á no ser por medio de la fuerza no encontraremos autor ni cómplices.

JUEZ

De todas maneras, nosotros no tenemos

más obligación que incoar el proceso presentando autores y cómplices, y cuanto mayor sea el número, mejor para que sea más ejemplar el castigo. Esta es la gran misión social que se nos ha encomendado por personas de superior poder, prestigio y santidad. Dios premiará además nuestros servicios en el otro mundo por el bien que hacemos en éste persiguiendo herejes. Estoy satisfecho de mi obra.

PORTAS

Perfectamente satisfechos podemos estar. Los enemigos de la sociedad han cometido un horrible crimen y es justo que lo paguen unos u otros, porque todos son lo mismo.

JUEZ

Y ese Aschery, ¿declara?

PORTAS

No puede declarar.

JUEZ

¿Por qué?

PORTAS

Porque él no puso el petardo.

JUEZ

Sin embargo, el jefe de la policía presenta testigos que declaran...

PORTAS

Son testigos falsos; pero nosotros no hemos de tener ningún inconveniente en tomar á Aschery como autor de la bomba, ya que nos dan el trabajo hecho. Además, Aschery no tiene amigos ni personas influyentes que por él trabajen, y como hemos convenido, convenio que me parece de inspiración divina, en acumular todos los cargos contra los más pobres de relaciones, Aschery, Molas, Suñé (si logramos ponerle la mano encima) serán los autores de la bomba de Cambios Nuevos; regularmente lo será Aschery, que está muy desacreditado entre los suyos por su vida y por sus relaciones con la policía, y además porque se nos presenta indicado por D. Daniel y porque es el que ofrece menos peligro para nosotros.

JUEZ

No; yo sé por personas respetabilísimas,

que me merecen entero crédito, que Aschery es el criminal que buscamos.

PORTAS

Sea, puesto que así conviene á la causa que defendemos; pero aquí, para *inter nos*, este asunto es más hondo y tiene más importancia de lo que parece.

JUEZ

Sabe usted que algunas veces no conviene que los tenientes sean tan listos como lo es usted.

PORTAS

Sin embargo, no he de ser obstáculo á la realización de los planes que se han forjado elevadas personas en bien de la tranquilidad de Barcelona y de los santos principios de nuestros mayores.

JUEZ

En este caso, no tema usted nada; se le protegerá en toda ocasión y será usted el hombre de confianza de personas y de colectividades de gran poder.

PORTAS

Muchas gracias, mi coronel.

JUEZ

Continuemos las interrogaciones.

PORTAS

Cuando usted guste.

JUEZ

Que entre mi Secretario.

PORTAS

(*desde el umbral de la primera puerta*). ¡Cabo

Más!

ESCENA VII

Juez, Portas y cabo Más.

CABO

(*entrando*). Presente.

JUEZ

Vamos á continuar los interrogatorios. (*Más (cabo) se sienta en la mesa, frente del Juez.*)

PORTAS

¿A quién quiere usted interrogar?

JUEZ

A Jaime Oller Vilella, Baldomero y Tomás Aschery, y daremos por concluido nuestro trabajo hasta mañana.

(*Más (cabo) coge la pluma y escribe en un*

papel los nombres que ha pronunciado el Juez; después se levanta y entrega dicho papel á uno de los verdugos que esperan en el corredor.)

PORTAS

Todo me parece inútil.

JUEZ

¿Por qué?

PORTAS

Porque nada sacaremos en claro. Lo mejor sería procesar á los que nos parezcan más culpables por los antecedentes que de ellos tenemos, y asunto concluido. De otra manera ese trabajo será largo y difícil.

JUEZ

¿Puede que usted tenga razón!

PORTAS

Los hacemos entrar uno á uno; celebramos un careo con los autores y los cómplices, y los que aquéllos señalen irán al presidio.

JUEZ

Pudieran señalar á los más inocentes.

PORTAS

Señalarían á los que nosotros quisiéramos.

JUEZ

Pero...

PORTAS

Todo puede arreglarse y aparentar que quienes verdaderamente los eligen son los autores, sus compañeros.

JUEZ

No está mal, y quizá lo pongamos en práctica como último recurso.

VERDUGO 1.º

(desde la puerta). Baldomero Oller.

ESCENA VIII

Los mismos y Baldomero.

JUEZ

(á Baldomero, que se para en medio de la mesa). ¿Conoce usted á Francisco Gana, Tomás Aschery, Juan Ollé y José Molas?

BALDOMERO

A uno le conozco personalmente; á los otros de nombre.

JUEZ

¿Qué clase de relaciones tenía usted con ellos?

BALDOMERO

Las que se establecen entre obreros que profesan iguales ideas.

JUEZ

Es usted anarquista, ¿verdad?

BALDOMERO

Sí, señor.

PORTAS

Y de los más peligrosos.

BALDOMERO

No sé lo que entiende usted por peligroso.

PORTAS

(amenazador). Ya se lo explicaré á usted otro rato, porque le tengo ganas.

BALDOMERO

Yo creo que aquí se persigue un crimen, no las ideas de la gente.

JUEZ

(secamente). Esto es cuestión mía, no de usted. *(Pausa.)* ¿Sabe usted lo que ocurrió el día 7 de Junio?

BALDOMERO

Sé que explotó una bomba en la calle de Cambios Nuevos. ¿Se refiere usted á esto?

JUEZ

Supongo que también sabrá usted que tres días antes se encontraron varios explosivos en un solar que usted había visitado...

BALDOMERO

Leí que se encontraron algunas bombas en la calle de Fivaller.

JUEZ

En un solar de la calle de Fivaller, á donde había ido usted con otros anarquistas...

BALDOMERO

A orinar.

PORTAS

Bueno; ya sabemos á qué atenemos respecto de ese asunto. Le conocemos á usted perfectamente, y ha subido usted al Castillo con muy buenas notas; además, tiene usted fama de conocer la gramática parda. Ya dirá con procedimientos más eficaces lo que ahora se niega usted á decir.

JUEZ

Puede usted retirarse. *(Baldomero se retira por el foro.)*

VERDUGO 1.º

(desde la puerta). Jaime Vilella. *(Cae el telón del cuadro al presentarse en la escena Jaime Vilella.)*

Federico Urales.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Frigoríferos.—Nueva utilización de la turba.—Musicoterapia y cromoterapia.

Caloríferos para el invierno, frigoríferos para el verano: tal es la última noción del *comfort yanqui*. El profesor Willis L. Moore ha ideado un aparato semejante, en la forma, á una estufa, pero diametralmente opuesto en su principio fundamental como lo es en su objeto. En lugar de carbón consume hielo triturado, mezclado con sal, dispuesto de modo que produce una corriente de aire á través del aparato de arriba abajo, en vez de abajo arriba, como en los caloríferos.

El aparato está compuesto de un cilindro, cuyas paredes son de una materia buena conductora del calor; el interior está dividido en dos compartimientos por un diafragma atravesado por agujeros paralelos á su circunferencia. El hielo triturado se coloca en el compartimiento superior y unos tubos de enrejado metálico permiten la circulación del aire á través del hielo y del diafragma al compartimiento inferior. Es este un detalle importante, porque sabido es que el hielo triturado ó pulverizado tiende á consolidarse, lo que eliminaría los intersticios necesarios para la aereación. Los tubos de enrejado metálico aseguran una corriente de aire constante, impiden la consolidación del hielo y permiten el paso del aire á través de la capa de hielo.

El compartimiento inferior está también lleno de hielo más menudo que el otro, mezclado con sal, para rebajar su punto de deshielo. La circulación del aire es completa, en el fondo del aparato, por varios tubos de metal abiertos en sus dos extremos, que se introducen sobre la capa de hielo.

Para recoger el agua procedente del deshielo gradual y de la condensación de la humedad del aire sobre las paredes del aparato, hay una caja semejante al cenicero en los aparatos de calefacción. Como el aire frío es más pesado que el caliente, se establece una corriente de arriba abajo, activada por el hecho de que el compartimiento inferior es más frío que el superior, por lo que la temperatura de la habitación donde funciona uno de esos aparatos, desciende rápidamente.

El mismo objeto se ha logrado en Alemania con el aire líquido, en venta al precio de 1,25 marcos (1,50 francos) la botella de dos litros. Estas botellas son de cristal, con dos paredes entre las cuales se halla una substancia aisladora; la pared exterior está, además, plateada, para impedir la radiación, y se conserva en una envoltura no conductora cuando no ha de usarse, reteniendo así su temperatura durante quince días. Algunas gotas de aire líquido en un vaso de agua producen la congelación, y una pequeña cantidad esparcida por el suelo enfría en seguida la temperatura de una habitación. En los hospitales de Berlín se ha usado con buen éxito durante los fuertes calores de este verano.

Un ingeniero de Dresde, M. Joseph Hammerling, ha inventado una manera práctica de transformar la turba en madera, añadiéndole el 5 por 100 de su peso de una substancia colorante cuyo secreto se reserva. Se somete después la turba á una presión hidráulica enorme y se seca en secadores de alta temperatura durante cuatro ó cinco días.

En las oficinas de la Sociedad, para la promoción de la explotación turbera en Alemania, ha expuesto M. Hammerling varios cilindros de la nueva substancia, los que, según informes de los peritos en ebanistería, resultan como la mejor madera empleada en la industria, fácil de trabajar, susceptible de un hermoso pulimento y casi la mitad más barato que la encina.

Los peritos declaran que la madera artificial es muy á propósito para tableros, suelos, etcétera, y la consideran llamada á un excelente porvenir y á producir el bienestar en las comarcas turberas, que son pobres generalmente.

Esos peritos no tienen en cuenta que con la usurpación propietaria los pobres continuarán siéndolo y el beneficio del invento será una usurpación más de la riqueza, perpetrado por los propietarios con la abominable sanción que da la ley acerca de tales usurpaciones.

* * *

En diferentes ocasiones se ha fijado la atención de los médicos en el empleo de la música en terapéutica, de resultados maravillosos, principalmente en las enfermedades del sistema nervioso.

La diferencia de los siete tonos perceptibles al oído humano que forman la escala musical, no es más que asunto de vibración del aire. También en una diferencia de vibración del éter reside la variedad de los siete colores del prisma que forman la escala luminosa visible para el ojo humano.

Por asociación de ideas se ha llegado lógicamente á la pregunta de si los diferentes tonos luminosos tendrían análoga influencia á la de los tonos musicales.

Ya desde 1890, en la Revista *Hygnotisme*, y en 1891 en la Academia de Medicina, bajo el nombre de cromoterapia, el doctor Foreau de Courmelles, de quien diferentes veces hemos hablado en estas páginas de las teorías originales y revolucionarias en Medicina, señalaba el efecto triste y deprimente del azul, y la acción tónica «dinamogeniante» del rojo en las habitaciones de los enfermos, es decir, los sitios donde el aparato de la visión, constantemente herido por las mismas vibraciones, puede ser impresionado á consecuencia de un almacenamiento celular del sistema nervioso.

Desde aquella época, las investigaciones han abundado y concordado. Se ha aplicado con éxito á los alienados hipocondríacos, silenciosos, que no comen, la *camara roja*, que les daba alegría y apetito; á los excitados, violentos y ruidosos, la *camara azul*, que les calmaba. Se ha observado también que la luz azul concentrada calma los dolores y las inflamaciones.

Estos datos están en la actualidad incontestablemente adquiridos, y no se puede negar la acción sobre el sistema nervioso ni atribuirle á la sugestión, toda vez que se sabe que las enfermedades no orgánicas, como la viruela, la escarlatina, y el sarampión se mejoran por el color rojo, que evolucionan más rápidamente, sin supuraciones ó cicatrices, sin descamaciones, y que la luz azul ó ultravioleta cura el lupus.

¡Qué perspectiva más hermosa ofrece al ideal anarquista la esperanza de que descontadas las dolencias producidas por la miseria hija de la explotación y de la tiranía, el resto, es decir, las que resulten inevitables, pueden curarse por la aplicación general de la musicoterapia y de la cromoterapia! ¡Qué consuelo para los enfermos verse libres de las pociones repugnantes de la actual farmacopea y someterse al tratamiento de la audición de magistrales sinfonías ó á las alegres exhibiciones de colores!

Carrida del Marmol.

UN SOBRINO DE TIMÓN

Timón de Atenas aborrecía á los hombres por haberlos amado demasiado. ¿Cuál de ellos tenía razón, los hombres ó Timón de Atenas? El problema en cuestión planteado desde largo tiempo está todavía sin resolver. El género humano continúa buscando pendeñcia á sus detractores, y los sobrinos de Timón —el cual fué, sobre todo, un corazón sincero—no han dejado de encontrar materia para apoyar sus conceptos denigrantes.

El sobrino de Timón, que me hizo saltar sobre sus rodillas en mi infancia, era un anciano médico de Marina, retirado del servicio á consecuencia de una herida grave recibida en Navarin. Cuando cierro los ojos, para mejor evocar mis recuerdos, veo enderezarse una silueta larga, descarnada, coronada por un cráneo completamente desguarnecido de pelo, lo cual resulta el distintivo de un idealismo exagerado. Recuerdo sus pequeños ojillos verdes, burlones, tupidos de pelos duros, sus amenazadoras cejas, sus largos dientes blancos con los labios cuidadosamente afeitados, que sólo se abrían hasta las orejas para dar paso á una risa volteriana acompañada de un pequeño cloqueo sordo.

A la hora presente me sería imposible reconstruir la historia del doctor Juan de Pouët, conocido en toda la comarca con la frase cariñosamente respetuosa de *doctor*. Todo cuanto puedo decir es que era originario de El Aguijón, pequeño puerto vendeano en la desembocadura del río Sray; que había navegado en todos los mares, abordado en todas las islas, visitado las costas de todos los continentes, estudiado al vivo todos los pueblos de la tierra; lo cual le permitía hacer, á cada momento, la crítica de sus conciudadanos arguyendo en su contra multitud de desastrosas comparaciones con no sé cuáles abominables salvajes, que, sobre el particular en que se encontraba la comparación resultaban infinitamente superiores á los vendeanos reunidos de la comarca y de las del Bócage y del Marais.

Fué en el centro mismo de la región, en la villa de Escolandres, que el *doctor* decidió fijar su residencia, atraído por la herencia de un primo que le había dejado amo y señor de una vieja mansión burguesa con grandes salas embaldosadas, en cuyas paredes había colgadas panoplias con variedad de instrumentos de cortar cabezas: adargas, escudos, boomerangs ó coronas de guerra en torno de divinidades monstruosas, cuyos nombres bárbaros, soberbiamente detallados por el navegante imponían un santo terror en el ánimo de los pacíficos campesinos.

Un pequeño bosque de sibas—gran curiosidad en un país en el cual no se encuentra árbol alguno—cercaba su dominio. El pequeño soto era pobre, la capa de humus era muy delgada debajo de la piedra calcárea, lo cual no impedía al feroz censor heredero de ese monte huero de enorgullecerse de su posesión, que no tenía rival en cuantas se encontraban hasta en los más extremos límites del horizonte. Debo confesar que el *doctor* tenía muy desarrollado el sentimiento de la propiedad territorial, como la mayor parte de los vendeanos. En cambio, el dinero se le escapaba de las manos y jamás había dejado de ayudar á los que le imploraban socorro. Pero el pronombre posesivo se le escapaba con facilidad de los labios, y cuando se trataba de las cosas de la tierra decía: «Mi estiércol, mis piedras, mis ortigas.» Adoraba á su terruño, vasto mar,

Verde en primavera,
amarillo en verano,

en donde cabrilleaba la cosecha bajo la bóveda azul, salpicada de campanarios todo cuanto abarcaba la línea del horizonte, figurando lejanos mástiles. Los robos de aves silvestres en Enero y de avutardas en Septiembre ocupaban su atención de tal modo, que los perseguía, celando cuidadosamente apostado en sitios á propósito, con saña verdaderamente asesina, inventando de paso increíbles trampas y artimañas para hacer prisioneros á sus autores. El resto del tiempo recorría el país con un rústico pantalón, atareado para acudir al llamamiento de los enfermos, que apreciaban mucho sus consultas, no sólo porque no les cobraba las visitas, sí que también porque les hacía gracia de todo charlatanismo permitido á los médicos, los cuales creen curar mejor á los enfermos con vanas palabras que con eficaces remedios.

Ante todo hay que hacer constar que el *doctor* tenía su manera de hablar muy franca por cierto. Ignoro si alguna gran decepción le había empujado á la misantropía ó si sólo había cedido á los impulsos de la inclinación natural de su carácter. Prescindiendo de cualquiera que fuese su historia, lo que resultaba cierto era que su imaginación rabiosa se cebaba á propósito contra todos los hombres en general, y más particularmente, y esto era su mayor delicia, contra aquellos que estaban en su presencia. Nunca empleaba groserías en su conversación y mucho menos palabras de malicia activa. Lo único que hacía era intervenir en ella cuando le parecía oportuno, y constituía su placer manifestando sus diabólicos pensamientos, cuya expresión cruel era suficiente para la satisfacción de su ferocidad.

Con toda falacia trataba las cuestiones del amor, de la amistad, del agradecimiento, etcétera, y su alegría consistía en demostrar que toda fórmula cortés encerraba una mentira, de la cual no tenía él duda alguna, y procurando demostrárselo al que la usaba. Tampoco aceptaba con gusto los agradecimientos de las personas á las cuales había salvado la vida.

Los hijos del beneficiado y sus amigos, cuando agradecidos pretendían exponer bellos conceptos, eran interrumpidos por él, que parecía leer el fondo de sus más secretos pensamientos.

—¿De modo, pues, que estás contento de no haber heredado?—decía al hijo que le anunciaba la curación de su anciano padre.

Y en seguida citaba los ejemplos tomados del natural en las poblaciones cercanas, citando los personajes para demostrar el fondo de bajeza egoísta que estaba recubierto por un barniz de afecto del cual la gente hace gala. Los campesinos le escuchaban sin interrumpirle, sonriendo neciamente, haciéndose el bestia para no verse obligados á contestarle, conviniendo en lo más hondo de su pensamiento en que el doctor lefa en su interior como en las páginas de un libro abierto, y que para este diablo de hombre no existían secretos de ninguna especie.

Sus conceptos, respecto del matrimonio, la familia, la religión, la propiedad, la magistratura, la administración, y la política, demostraban el más duro y desesperante escepticismo. Pero su principal víctima era el cura de Escolandres, un viejo amigo, el cual, desde cierta ocasión, no se dejaba maltratar sin contestar sus dichos con virulentas respuestas, lo que determinaba entre ellos un curioso combate de palabras y conceptos, por lo común bastante duros.

La verdad es que estos dos hombres simpátizaban. Los dos eran vestigios sobrevivientes del siglo décimooctavo francés, con la punta de sufrimiento que las decepciones de la Revolución y del Imperio habían hundido en las más bellas esperanzas. El doctor se montaba en cólera, el cura se convertía en resignación. En el fondo los dos tenían el

sentimentalismo herido y se buscaban por la obstinación de conseguir un acuerdo y no se encontraban más que para estar más distanciados, para gastar dolorosamente sus fuerzas en inútiles choques y separarse después con el corazón dolorido, jurando y perjurando no volver á verse jamás, para correr al encuentro uno de otro al día siguiente.

El cura Jaud, como su inseparable enemigo el doctor, era de estatura elevada, y sin la sotana pegada en los agudos flancos del cura era fácil equivocarse. La excusa del doctor para frecuentar al cura, era que podía hablarle sin necesidad de encorvarse. Cuando las dos largas siluetas se perfilaban en el horizonte de la llanura, parecían un solo hombre: y en efecto, eran dos en uno.

En sus dos últimos años, la muerte, como es natural, ocupaba el tema de sus conversaciones. El doctor había tomado, según su propio decir, la resolución de morir antes que el cura, para obligarle á un acto supremo de hipocresía, obligándole á enterrarle devotamente á pesar de ser y haberse proclamado ateo toda su vida y que había rehusado, hasta su último aliento, el ponerse en regla con la Iglesia.

—Se dice así—contestaba el cura—, pero al borde del gran salto, las disposiciones cambian.

—Las más no cambiarán en nada.

—Entonces, querido doctor, tendré el disgusto de dejaros ir solo al cementerio.

—Al contrario, vos me acompañaréis, murmuraréis vuestros padrenuestros, hisopearéis con el agua bendita las tablas de encina de mi ataúd, cantaréis salmos revestido de vuestra más bella estola y diréis una misa cantada con vuestro mayor aparato, y cuando os separéis de mí me habréis ya provisto de todos los documentos que constituyen un pasaporte en regla para viajar por el otro mundo...

—Dejad de blasfemar. Si seguís así, ni tan siquiera quiero escucharos.

—¡Hermoso medio de salirse de la cuestión cuando ella es dificultosa! Debéis saber, señor cura, que yo quiero ser enterrado por vuestra mediación en la parte excomulgada de vuestro cementerio. Antiguamente tenéis monopolizada la tierra y el cielo. Ahora pretendéis apoderaros otra vez de la tierra é impedir que nadie tenga el derecho de pudrirse, una vez muerto, debajo del cascajo, sin vuestro permiso previo. ¡Fué preciso arrancaros, por la fuerza, seis pies de terreno para que pudieran descansar los restos de Molière! Actualmente nosotros hemos vuelto á tomar posesión, en perjuicio vuestro, de nuestra tierra; en fin, hemos reconquistado el derecho á la paz y al aniquilamiento. Y he aquí que para daros la ilusión de una revancha y encerraros hasta el fin en vuestro espíritu sectario, no habéis imaginado nada mejor que crear un lugar maldito dentro del campo del eterno reposo. El otro día un imbécil campesino me decía, mientras iba buscando un sitio á mi gusto:

—Es un pecado hacerse enterrar aquí, señor doctor, porque este es el lugar de los condenados á muerte.

Los «condenados á muerte» para este idiota es aparentemente el colmo del horror, y no sabe que tan condenado á morir está él y yo como vos, señor cura. Pues bien: yo he decidido elegir allí el sitio donde he de ser enterrado y he hecho plantar una gran estaca para que no haya equivocación posible. Vamos á verla, estimado cura; allí es donde me enterraréis, una vez haya muerto, con toda la pompa que prescriben vuestros ritos y en tierra excomulgada...

—Pues esto no será, caro doctor.

—Esto será, estimado cura.

Después de algunos meses, el doctor, emboscado en cierto sitio de la campiña, al

acecho de aves de caza, en la víspera de Navidad (ya entonces había cumplido ochenta años), se había retirado á su casa tiritando de fiebre. Una pleuresía se le declaró al día siguiente, y bien pronto la muerte avanzó á grandes pasos.

El cura se encontraba á la cabecera del lecho del enfermo, como es natural pensarlo, y cuando vió toda esperanza de curación perdida:

—Veamos, querido amigo —le dijo, después de haber hecho salir á todos los presentes—, es preciso, en esta hora, que pensemos en hablar seriamente de cosas que os interesan.

—¡Chit! —hizo el moribundo poniendo su dedo febril en la boca del cura—. Ya sabéis que nosotros nada tenemos que decirnos, y que nos lo hemos dicho todo. Tomad la llave que está debajo de la cabecera de mi cama, abrid aquel mueble, por la parte donde está el tirador de la mano izquierda y dadme mi testamento... Dadme también una pluma, pues quiero añadirle una línea.

El cura hizo lo que se le pedía. El moribundo trazó algunas palabras; después cayó su cabeza en la almohada y comenzó la agonía. Una hora más tarde el doctor Juan de Pouët había exhalado el último suspiro.

Cuando se abrió el testamento se le encontró concebido en los siguientes términos:

«Yo muero dentro de la incredulidad absoluta, rehusando hacer ningún acto por el cual se demuestre que tengo fe. Lego toda mi fortuna, que se eleva á un centenar de miles de francos, á la iglesia de Escolandres, para que se adquieran ornamentos de culto, lo suficientemente suntuosos que permitan la cantidad legada, y según las indicaciones del cura Jaud. Esto lo hago con la esperanza de que la vista del lujo despertará sentimientos apropiados á mis conciudadanos por el contraste de la miseria que en ellos se ceba despiadadamente. Quiero, además, ser enterrado en la parte excomulgada del cementerio y en el mismo sitio en donde hice plantar una estaca hace seis meses. Si la Iglesia rehusa sus oraciones, las disposiciones más arriba expuestas serán tenidas por nulas y sin valor, en cuyo caso instituyo legatario ó heredero universal mío al Sr. Toussaint Girardeau, farmacéutico del pueblo San Herminio, venerable de la logia Fraternidad, al cual ruego reparta la herencia á su gusto entre las obras de la masonería, y más particularmente á las dedicadas á destruir la superstición y las creencias religiosas.»

Debajo de la escritura estas sencillas palabras:

«Voy á morir dentro de una hora y no quiero que se cambie nada de mis disposiciones.»

Y seguía luego el nombre y la firma hecha en grandes caracteres que, aunque un poco inseguros en el trazado, no por eso dejaban de demostrar la inquebrantable voluntad del que los había hecho.

El primer movimiento que hizo el cura Jaud fué el de rehusar altanero lo que decía el testamento; el segundo varió por completo y fué el de consultar el caso con su obispo, el cual le demostró que el deber supremo era el de hacer toda la contra posible á la francmasonería.

Era preciso obedecer.

El doctor había dicho la última palabra al desplomarse en la tumba. Los labios volterianos se abrían bajo el agua bendita que lanzaba el cura derrotado.

Los niños nacidos antes de tiempo que constituían, en el cementerio de Escolandres, el lugar de los «condenados á muerte», ganaron en ello, porque la tierra en donde reposaban fué bendecida. Y en este caso, al menos, una de las predicaciones del doctor no fué realizada.

Pero la verdadera revancha del cura, y de la cual tal vez no tuviera conciencia fué que la vista de los magníficos cálices de oro y de otros útiles del culto, ornados de piedras preciosas, lejos de suscitar los sentimientos de revuelta en el corazón de los pobres, como había querido el doctor, no hizo más que acrecentar el fervor religioso de los fieles y provocar la piedad de los indiferentes, por el embobamiento que producen los esplendores de la riqueza, por medio de las cuales se revela la potencia del Invisible. Victoria y derrota de una y otra parte negativas. Cura y doctor no hicieron más que actos con lo cual perdura la incertidumbre en la inmensa noche de lo desconocido: este es el resultado de la vida de los hombres que pasan y no obran en consonancia con sus ideas.

G. Clemenceau.

Versión castellana, por P. de Etruria.

Crónicas de Arte y de Sociología.

PARIS

A propósito del monumento de Renán.—El centenario de Berlioz.—La economía en la vida social, por H. L. Follin-Guillaumin et Cie. París.—Acerca de los Epílogos, de Gourmond y su biografía. La novela francesa Zette, por P. y V. Margueritte. (Plon Nourrit et Cie, París), El crimen del doctor, por J. H. Rosni (Eugène Fasquelle. París) y L'imitation de la Mort, por Rachilde (Mercure de France. París).—Una revista avanzada.

A mediados de Septiembre se inaugurará en Trégnier, pueblo natal de Renán, una estatua á su memoria. El mundo oficial prepara para entonces una serie de festejos. Le secundarán indudablemente los publicistas hueros con estudios sobre Renán, para mayor gloria. Poco se habla hoy de éste y aún se supone que no ejerce influencia alguna.

¿A qué es ello debido? A la fragilidad ó á la vaguedad de sus ideas, que son peregrinas con frecuencia y tienen mucho de ocurrencias. Se modifican y se contradicen según las impresiones que Renán experimenta. Bien que su espíritu no se hallaba en completo desorden, se le puede considerar como un pensador *impresionista*. Coleccionaba resultados sin fijarse en el procedimiento con que los obtenía; con lo que acusaba falta de método. De ahí que sea menguado el valor filosófico de sus obras.

Otra causa de la apatía de los intelectuales de hoy por Renán, proviene también de sus reminiscencias religiosas, que se consideran como retrógradas para la vida humana. Renán aguardaba de la ciencia lo que ofrece la religión; con lo que realizaba un cambio de valores sobre las mismas especies. Renán estimaba que la humanidad perseguía un fin del cual era instrumento el individuo. Dicho fin era Dios, que existirá cuando los hombres sean perfectos. ¿No es esto una verdadera *boutade*?

La mentalidad de Renán se caracteriza por su semi-racionalismo entrevesado de semi-escepticismo. La filosofía, en verdad, poco contribuyó á la crisis moral que le hizo salir del Seminario de San Sulpicio. La historia fué lo que le hizo dudar de la revelación teológica. Desde entonces desestimó también la metafísica abstracta, que pretende explicar todos los problemas sin explicar ninguno. Como se entregó con fervor al estudio de las ciencias históricas, abandonando el cultivo de las naturales, se comprende que su filosofía carezca de solidez y se halle á merced del corazón humano. Dicen, por ello, que su filosofía es humana, y como tal la aprecian. Renán transforma realmente los sentimientos en ideas. Él mismo tenía conciencia de la vaguedad de su método cuando declaraba: «Toda la vida me pesará haber elegido un género de investigaciones que no se

impondrá nunca, ya que sólo envuelve consideraciones sobre una realidad que ha desaparecido para siempre.» ¿No es lo mismo decir que la historia es una reseña de hechos probables más que veraces? ¿No se llega así al escepticismo? «O la fe ciega sin tentativa de examen, ó el escepticismo completo, si el examen descubre un error.» Eso decía Renán pasando del absoluto afirmativo al absoluto negativo que cosechara intelectualmente y por toda su vida en el Seminario de San Sulpicio.

De allí le quedó un culto inconsciente por la autoridad, á despecho del espíritu democrático que informa *L'Avenir de la Science*. De allí también el bosquejo del aristocratismo de la inteligencia, que debe de dirigir la Sociedad. Sustituye Dios por la Ciencia. Ésta y la religión, según él, quieren resolver el enigma del mundo. La equivalencia de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, forma el fondo del pensamiento de Renán.

La autoridad anteriormente aludida, que envuelve lo que la voluntad universal de Schopenhauer, no es patrimonio del individuo, según Renán, por carecer de valor propio su conciencia. Pero luego dice que la filosofía es la expresión del alma individual frente al mundo. De ahí pasa á la concepción histórica, sosteniendo que la filosofía, además de ser una epopeya sobre las cosas, refleja toda una época, un pueblo y una civilización cuando se formula sobre el pasado. Renán, que antepone la historia á la filosofía que se deduce de aquélla, dice que no progresa por ello la última. Como consecuencia, la humanidad tampoco progresa. Ya dijo que, desde el punto de vista moral, la historia es un escándalo. Pero luego afirma, para contradecirse, que la humanidad se eleva en el culto de lo perfecto. ¿En qué quedamos?

A pesar de que sostenía Renán, tomándolo de Kant, que las demostraciones carecen de valor si no se fundan en la realidad existente, las especulaciones de Renán son ensueños de historiador que dispone de *dos ó tres* medios para ordenar sus experiencias.

Para concluir sobre Renán, diremos que su filosofía es el resultado de tres ó cuatro grandes sistemas. De Kant, con la ley citada en el párrafo anterior, de las categorías para conocer las cosas, basadas aquéllas en la experiencia. De Hamilton se abroga la idea de la inanidad de las fórmulas para hacer de Dios una cosa. Del positivismo colige que la filosofía ha de volver á la ciencia universal. Y de Hegel, que todos los sistemas contienen parte de la verdad.

Elevó la filología á ciencia de primer orden, si es que pueden establecerse categorías entre las ciencias. Estimó la filología como útil para escudriñar las cosas del espíritu, al paso que en la física y la química se funda el conocimiento filosófico de las cosas naturales.



No comprendió el público filarmónico á Berlioz durante su vida, con especialidad en Francia. Después de su muerte, pocos han sido, por lo demás, los que se han gozado en las hermosuras de sus obras, raramente estudiadas y poco ejecutadas.

Con motivo de su centenario, que se celebra desde hace algún tiempo, sólo se da en los conciertos *La Condenación de Fausto*, que no es la mejor partitura de Berlioz, sino la más asequible para el público, cuya educación musical, sobre todo en París, es harto rudimentaria.

La mayoría desconoce las bellezas de *La Infancia de Cristo*, de *Romeo y Julieta*, del *Benvenuto Cellini* y de *La toma de Troya*, donde se cristaliza, en diversos aspectos, la personalidad del gran músico.

Sin llegar á la categoría del genio, Berlioz poseía un talento de primer orden, que se

desarrolló, no por natural impulso, sino por educación. En su música se notan más reminiscencias literarias que verdadera pasión. No fué un creador de lirismo, un provocador de sentimiento, sino un descriptivo, que se distinguió en la pintura musical del color local. Se inspiró en autores románticos y no comunicó, por ello, con la Naturaleza. Su música envuelve una transposición de palabras en sonidos: impresiona los nervios, mas no emociona el corazón.

Se ha dicho que Berlioz fué el profeta de Wagner. ¿Cómo afirmarlo si éste no fué comprendido siquiera por aquél? Sus reformas resultan parciales y no generales, como las del autor del *Tristán é Isolda*. Berlioz solo inventó detalles de armonía é introdujo innovaciones en la orquesta.

* * *

Libros como el de H. L. Follín, *L' Economie de la Vie Sociale*, a pesar de no ser divulgados por las trompetas del renombre, prueban que Francia no es país de miseria intelectual como España, sino que los cerebros poseen aquí un abundante caudal de ideas, por haber trabajado y trabajar tenazmente por adquirirlas, mediante la educación y la reflexión. Señal de vida es no tener pereza de pensar.

Expone Follín en su libro, con maravilloso encadenamiento lógico, algunas ideas generales sobre la estructura económica del mundo. Y, siguiendo el clásico orden metodológico, empieza por definir los términos de sus proposiciones. Su libro comprende dos de éstas: «Bases económicas de la Sociedad» y «Leyes económicas de la misma».

Para mostrar un juicio abierto, aunque no lo mantiene siempre, a pesar de la lógica, en el curso de su exposición, Follín dice que la Sociedad es la humanidad entera. ¿Cómo mejorarla? Tratando de dilucidar y abarcar las realidades, estudiando el motivo de que sean tristes, para sustituirlas por otras mejores. La realidad no es más que la substancia de la humanidad, cuya célula principal—naturalmente—reside en el hombre.

El principio fundamental de la obra de Follín, es el siguiente: «La base de la Sociedad es esencialmente económica.» Para demostrarlo, sostiene Follín que el hombre, como todos los seres organizados, gasta constantemente fuerzas con sus actos vitales, y debe de reconstituirlas incesantemente. En biología se ha consignado ya que la esencia de la vida se halla en la asimilación de elementos nuevos para sustituir los elementos desaparecidos, sin cual función mueren los seres.

Follín dice: «El instinto de renovación de la vida se manifiesta en necesidades, las cuales determinan la actividad del hombre. De ahí que todos los seres vivos tiendan a *economizar las fuerzas*, á obtener el máximo resultado con el menor esfuerzo.»

Para cumplir esa gran ley de la actividad humana—*economía del esfuerzo*—el hombre busca á sus semejantes y forma con ellos la Sociedad. Pero más adelante, con moderno sentido, declara Follín que, para el hombre, la familia no es la célula inicial de la sociedad, cuya base se halla en la indicada ley de la economía de las fuerzas.

En las sociedades humanas, sin embargo, la economía del esfuerzo consiste en el *cambio de servicios*. Toda utilidad social nace de un cambio de éstos.

Las bases económicas de la sociedad pueden considerarse así:

- 1.º Sentimiento consciente en el hombre de la economía del esfuerzo.
- 2.º Abundancia y variedad en el hombre de las capacidades productivas.
- 3.º Facultad en el hombre de comprender la ventaja del cambio.

Las instituciones políticas nada tienen que ver con las bases de la sociedad, pues de ésta no han sido aquéllas más que un marco.

Más que el cambio en armonía, se opera hoy la expropiación de unos por otros; creyéndose que requiere menos esfuerzo el despojo del trabajo del vecino que cambiar el fruto de otro trabajo con él. Los detentadores del poder, en lugar de cambiar servicios, los exigen de sus dominados. Así que, para llegar a una perfecta organización social, hay que substituir la economía del esfuerzo en beneficio de unos y en detrimento de otros, por la economía del esfuerzo en beneficio de todos.

La *división del trabajo* es, según Follín, la ley por medio de la cual podrá realizarse aquel progreso del cambio equilibrado. La división del trabajo permite la reducción de las horas de labor y la consagración de los momentos de ocio a ocupaciones diversas. Pero el socialismo al hacer que el Estado regule de un mismo modo toda la actividad humana y la producción económica, no cumple la división del trabajo, sino su confusión.

Follín hace grandes esfuerzos para defender la legitimidad de la ley de la oferta y la demanda, en la que le encontramos esclavo de muchas teorías burguesas. Más mecánica que natural es dicha ley, en lo que se refiere a su resultado social. El problema es, en verdad, peliagudo y en él estriba el verdadero progreso económico.

Según Follín, la ley de la oferta y la demanda ha de mantener el justo nivel entre las aptitudes y las necesidades.

La concurrencia, al decir de Follín, establece el equilibrio en la oferta y la demanda. La concurrencia es para él la garantía de los derechos de la libertad humana contra la opresión moral, intelectual y material. La cooperación no es más que una aplicación particular de la ley de la concurrencia.

Estos son los principios fundamentales de *L'Economie dans la vie Sociale*. El libro de Follín se halla por demás saturado de ideas, poniéndolas de tan conviacente modo que, haciendo una frase, podríamos decir que Follín habla con mucha elocuencia ideológica.

* * *

En sus *Epilogues*, que ha editado el Mercure de France, filosofa Rémy de Gourmont sobre los acontecimientos diarios, señalando el carácter distintivo del instante que se hunde en lo pretérito, extrayendo ideas trascendentales de insignificantes episodios. Muchas tienen el valor de la exactitud crítica; otras no pasan de ocurrencias paradójicas; mas en todas ellas se nota la sutil penetración del autor.

Este, según su biógrafo Querlon, que le dedica un opúsculo en la «Bibliothèque Internationale d'Édition», descende de la familia de pintores, grabadores y tipógrafos de los siglos xv y xvi, entre la que se contara Gilles de Gourmont, a quien se deben las primeras impresiones hechas en París con tipos griegos y hebreos.

La primera obra importante de Rémy de Gourmont es *Sixtina*, que apareció en 1890. Constituye la misma una novela de la vida cerebral.

En 1891, el *Teatro de Arte* de Paul Fort le estrenó *Théodat*, obra sencilla y majestuosa, en la que se ve a un obispo galo-romano a quien reconquistan las caricias de su antigua mujer.

En 1892 publicó el *Latin místico*, que proclama la extensión de su espíritu y su vasta erudición.

El peregrino del Silencio es un relato que embelesa y hace soñar, lo mismo que *La Princesa Phenissa*, que quiere matar el porvenir para inmovilizar su eterna hermosura. En sus *Prosas melancólicas* narra cuentos crueles y anatómicos.

Con los títulos *De un país lejano*, *Los caballos de Diomedes*, nos da cuentos saturados

de verdura, de sal, de desnudeces y de filosofía, haciendo en ellos la apología del amor voluptuoso, sonriente y ligero, lo mismo que en *El Sueño de una mujer desnuda*.

En *El libro de las caretas* se revela como crítico, con semblanzas de los autores jóvenes de la literatura simbolista.

Rémy de Gourmont es en Francia el paladín del simbolismo. Lo entendió de manera regresiva, fiando más en palabras que en ideas, bien que, según su definición, el simbolismo se integra en el idealismo, que es una filosofía. Considera á aquél como abonado para contribuir al desarrollo libre y personal del individuo «estético en la serie estética».

En el fondo, Gourmont es un enamorado del pasado, de cuyo emponzoñador perfume se hallan impregnadas sus obras, en las que vierte más originales rarezas que naturales bellezas. Proclaman, es verdad, mucho talento, pero éste es harto literario, por lo que agosta la sensibilidad, como todo lo que contraría la naturaleza.

Su amor por el pasado se manifiesta también en sus estudios sobre la literatura medieval, lo mismo que en su pasión por los libros viejos y raros.

* * *

De dos libros sanos, fruto de la imaginación, voy á ocuparme ahora. Cunden aquí, actualmente, los autores que estudian, á través de una ficción cualquiera, la expansión natural de la vida humana, informando con talento, si no con genio, sobre el desarrollo de las pasiones, sobre la lucha de voluntad y de sentimientos.

Zette, de Paul et Víctor Margueritte, es la historia amena de la infancia y la adolescencia de una niña perteneciente á la burguesía. Jamás se pintó con tanto acierto el despertar á la vida de un ser humano como en esa obra; las observaciones de los hermanos Margueritte son de una realidad profunda, acumulan ellos una porción de hechos, de actos, bellos y humanos, para traducir lo más característico de la sensibilidad infantil; las alegrías, las zalamerías, las terquedades, los terrores, etc., etc.

Páginas nobles, además, han escrito en esa obra los hermanos Margueritte al presentar la madre riquísima de *Zette* cuando se percata ésta de la miseria del pueblo y comprende que no puede reparar la limosna, sino la justicia, con la devolución de lo exproliado.

Más escabroso es el tema que con tonos recargados desarrollan los hermanos Rosny, quienes tienen mucho de modernos por su cultura científica, la cual no es óbice, sin embargo, de que contemporicen con prejuicios tradicionales.

En *El crimen del Doctor*, los hermanos Rosny estudian los conflictos de la conciencia de un hombre que relaciona, inconscientemente, sus actos con sus ideas y origina así su drama individual. *La Grande Revue* ha tratado con mucho desprecio á Herbelin, el protagonista. No es, en verdad, un tipo superior quien no retrocede ante el robo para desarrollar su vida con el esplendor debido á las cualidades. El problema, sin embargo, es de mucha actualidad, sobre todo en París. Los Rosny lo exponen admirablemente. El doctor Herbelin, médico de primer orden, se halla ahogado por deudas, próximo á ser citado ante el juez, y no puede, por falta de dinero, imponerse y triunfar. Es una víctima del presente estado social, en que no siempre medran, á pesar de las teorías darwinianas, los más inteligentes ni los más aptos cuando les falta lo que tantos imbéciles tienen: el dinero.

Para alcanzarlo, la casualidad, por modo cruento, favorece á Herbelin. Va á visitar á un enfermo, á quien halla solo y desmayado en su casa. En una cómoda percibe un fajo

de billetes. Quiere apoderarse de ellos, los toma, los devuelve, cuida al enfermo para retornarlo á la vida; muere éste, y Herbelin, con movimiento impulsivo, vuelve á apoderarse del dinero, más de 100.000 francos, y de unos paquetes de cartas. El robo no se descubre por creer, se pobre á la víctima.

Herbelin enamora á una joven de familia rica, que pertenece á la alta sociedad y se casa con ella. Entonces todo marcha viento en popa, y se hace célebre. Todo el mundo le respeta y le adula. Pero su conciencia no se halla tranquila, aunque él lo disimula magistralmente entre los suyos. El dinero robado, como descubrió por testamento, corresponde a una sobrina del difunto, adolescente aún, la cual vive en el campo. Movido por el remordimiento, la busca Herbelin, la encuentra, hace que vaya á vivir allí en verano su familia, pone ésta en relaciones con la chica, que es encantadora y se granjea el cariño de todos. Acuerdan dotarla, por indicación de Herbelin, que quiere así reparar el robo. En el ínterin, Herbelin se enamora locamente de ella, la seduce y, más adelante, su esposa legítima sorprende á los amantes. El momento es tremendo. La joven seducida queda consternada, huye y se arroja al río. Después de la explicación que tiene con su esposa, Herbelin va á buscar á su amante y la ve que flota en las aguas fluviales. Corre á salvarla, y al cerciorarse de que se halla muerta, siente gran desesperación, la besa y con ella se lanza al río.

Los Rosny no presentan á Herbelin de modo antipático; antes le justifican con la lucha que se entabla en su conciencia. Herbelin hubiera sido un hombre noble si el robo en cuestión no le hubiese envilecido. Sus sentimientos generosos y sus grandes ideas quedan todos oscurecidos por ese acto: tal es el conflicto.

* * *

Ha vuelto á aparecer una de las revistas más importantes y más avanzadas de París: *L'Humanité Nouvelle*. Cesó ésta tiempo atrás por una cuestión litigiosa que tuvo el director, Mr. Hamon, con los editores.

El número de Septiembre publica un sumario interesante: «La repartición en los regímenes colectivista y comunista», por A. Naquet. «Canción moderna», por Cantone. «La Ética y la revolución social», por Waczkewski. «Del intelectualismo», por de la Grasse. «Leconte de Lisle y su país», por Mario-Ary Leblond. «El porvenir del trabajo y las uniones de oficios», por Van Ornum. «Una logia masónica en el siglo XVIII, en Bretaña», por L. Maitre.

Además, publica una compacta sección de crítica literaria y sociológica, que entera al lector de las últimas novedades bibliográficas.

J. Pérez Jorda.

EL LOBO ⁽¹⁾

Hace tiempo que mi conciencia me ordena que procure rehabilitar el lobo ante la opinión pública. Hoy voy á emprender esta empresa... ¡empresa ardua, inmensa, impopular, Pero, ¡qué importa!, ¿acaso ha habido nunca una gran verdad que haya sido popu-

(1) Nuestros lectores sabrán apreciar este pasaje que tomamos de la obra *Esprit des bêtes*, de Toussenel, prescindiendo de la palabra Dios que adorna los escritos de este autor. Discípulo de Fourier, escribió, entre varias obras, *Les Terribles rois de l'époque* y numerosos artículos en el periódico *La Démocratie pacifique*. Aparte la idea básica del autor, su obra es una sátira social de primer orden.

lar? La unidad de Dios, la igualdad de los hombres, la existencia del Nuevo Mundo, la atracción por las pasiones, todos estos descubrimientos sublimes, no han valido á sus autores la cicuta, la horca, los sarcasmos ó las persecuciones de su siglo?

Sabedor de la triste suerte que la mezquindad y la envidia de los hombres reservan á los que propagan toda idea nueva, yo la aguardo sin temor..., apelando anticipadamente de la sentencia de mi época al tribunal de la posteridad...

El lobo es el emblema del bandido de las sociedades mixtas (civilización, barbarie); es el azote de la propiedad.

Por esta razón hay antipatía natural entre él y el perro, especie de polizonte del hombre y amigo de la propiedad. No obstante, ¿qué es lo que se entiende por bandido?

Un bandido es un ser ricamente organizado, que sus conciudadanos han puesto fuera de la sociedad por una razón cualquiera, ó que él mismo se ha apartado de ella voluntariamente por odio á las instituciones de esta sociedad.

El bandido, el salteador de caminos, es el Max, de Schiller; el Lara, de Byron; el Hernani, de Victor Hugo; el Shogar, de Nodier; el Robin Hood, de Walter Scott; es el pirata de las islas de la Tortuga, es el árabe del Atlas; el guerrillero español, es el contrabandista, el aventurero... A menudo es una naturaleza que el espectáculo de la iniquidad subleva, que se ahoga en el aire corrompido de las ciudades; algunas veces es un dialéctico de la escuela natural que viene en nombre de Dios á pedir cuenta á los opresores de sus leyes inhumanas. () más bien aún, es un guerrero de la raza vencida que protesta, con las armas en la mano, contra el derecho brutal de la conquista.

El bandido es como el guerrillero que acecha al enemigo, el héroe de todas las leyendas populares; y los poetas, esos maravillosos abogados de las causas justas, han tenido que inspirarse en todo tiempo en los orígenes de la leyenda, donde está escrita la protesta del derecho contra la fuerza, exaltando con las perlas de sus cantos la historia del bandido nacional.

El lector podrá acusarme de repetición en el curso de este artículo; pero yo le ruego de antemano que se tome la molestia de notar que es la naturaleza quien se repite y no yo, puesto que me veo obligado á decir lo que ella quiere que diga, y á escribir lo que ella me vaya dictando. Por otra parte, ya que los emblemas del mal dominan en las sociedades detestables, no hay por qué maravillarse si gran número de bestias tienen idéntico lenguaje. No es culpa mía si el lobo profesa en materia política las mismas opiniones que el carnero salvaje y la cabra.

Remo y Rómulo, los fundadores de la ciudad eterna, fueron dos jefes de bandidos criados por una loba., y los pueblos civilizados sufren aún la ley de los hijos de la loba.

La muchedumbre ignorante, la masa que se prosterna ante el éxito y sólo tiene en cuenta los hechos, ha establecido una distinción ridícula entre el héroe de los campos de batalla y el héroe de los asaltos en despoblado.

La justicia popular ha evaluado la gloria de cada uno según la cantidad de sangre vertida. Ha saludado con el nombre de conquistador á los verdugos de las naciones que han sembrado de cadáveres los montes y los valles, haciendo concurrencia á las hienas y á los tigres, como quien diría los Alejandro, los Napoleones, los Césares, y ha calificado con el indigno epíteto de bandidos y asesinos á los jefes de las bandas de foragidos que operaban en menor escala. Luego yo deseo que se me diga qué diferencia existe desde el punto de vista de la verdad absoluta, entre el conquistador que desata toda su furia sobre toda la superficie del globo para distribuir imperios entre todos los de su raza, y el pira-

ta, el contrabandista, el corsario, que operan en pequeño, impulsados por el mismo móvil. Desde el momento que cada uno ha vertido la mayor cantidad de sangre que ha podido y ha realizado en su esfera *la mayor suma de daño de que era capaz*, tengo para mí que cada uno de los dos debe obtener, en el buen concepto de los hombres, la misma parte de gloria ó de infamia. ¡Gentes estúpidas que os llamáis civilizadas, que glorificáis á los matadores de hombres al por mayor y aborrecéis á los matadores de hombres al por menor, bien merecéis el desprecio que los déspotas hacen de vosotros!

Lo repito, el lobo es el bandido, es el pirata, *es el sajón que no acepta la soberanía del normando, es el árabe que no quiere el protectorado de Francia*. El lobo forma una especie altiva y ardiente que no ha podido doblegarse, como el perro, á las leyes inicuas del hombre de las sociedades falsas. Su divisa es esta: *Periculosum libertatem malo quam tutam servitutem* (PREFIERO UNA LIBERTAD PELIGROSA QUE UNA SERVIDUMBRE TRANQUILA).

El lobo es el enemigo de la sociedad civilizada y de la sociedad bárbara. Es también enemigo de la propiedad, porque el sistema actual en que ella descansa—que no reconoce á todos los miembros de la sociedad el derecho de *vivir*, aunque *este derecho sobresalga cien codos sobre el derecho de poseer*—está en completo desacuerdo con la Naturaleza... Seguramente que los economistas se alarmarían si se les dijese que un banquero judío cualquiera se ha hecho conceder por el Gobierno el monopolio de la venta del aire respirable ó del agua, sobre todo si dicho banquero se había olvidado de concederles *una pequeña participación* en los beneficios del negocio. Pues bien; yo deploraría la pobreza del intelecto de esos mismos economistas, si ellos no comprendían, *a priori*, que el acaparamiento de la tierra por algunos individuos y el *derecho de abusar de la propiedad* son á la vez tan peligrosos para la sociedad como lo sería el acaparamiento del aire ó del agua. En Arabia, es el agua lo que se acapara y no el suelo..., el cual se abandona al primer ocupante, y los fiscales de aquel país sólo consideran como escritores sediciosos á los que protestan contra el acaparamiento de las aguas. Cuando nosotros tengamos el monopolio del aire, no faltará algún periódico que tratará de *imaginaciones calenturientas* á los escritores que reclamarán para cada miembro de la sociedad un *mínimum* de oxígeno, y que los denunciará al ministerio público bajo pretexto de inmoralidad y de provocación al odio contra una clase de ciudadanos.

He ahí, pues, en parte, las razones de la enemiga profunda que ha existido hasta hoy entre el lobo y el civilizado. El lobo ha jurado permanecer rebelde al hombre mientras éste permanecerá rebelde á la ley de armonía y de equidad, que es la ley de la Naturaleza.

No protesta contra la superioridad natural del hombre, ni contra su derecho de imperio legítimo, sino solamente contra los abusos que el hombre hace de su autoridad y de sus derechos. Es un súbdito sublevado que no quiere transigir con el poder, sino mediante ciertas condiciones, y que está dispuesto á exigir sus fueros y proclamar que la insurrección es el más santo de los deberes hasta que se haya hecho justicia á sus reclamaciones. Por mi parte declaro que no se me ocurre ninguna razón para desaprobare esa conducta.

La repugnancia que el lobo siente hacia el hombre civilizado, se funda en los mismos motivos que la que sienten la cebra y otra diversidad de cuadrúpedos y bípedos inteligentes, los cuales, viendo el modo con que los civilizados se despedazan entre ellos, y considerando los malos tratamientos que los bárbaros hacen sufrir á los pobres animales que se han puesto bajo el amparo del hombre, huyen de él y le consideran como el enemigo común.

Pero respóndaseme con toda sinceridad: ¿hay derecho para exigir que una loba honrada que no ha abandonado jamás á sus lobeznos sobre la vía pública, ó que un lobo que no se ha ensañado nunca con su prójimo, acepten la superioridad de una sociedad humana en la que hay madres que matan á sus hijos, hijos que matan á sus madres, y en la que los principales hombres del Estado son los primeros en ordenar que se degüelle al prójimo? Si queremos que las bestias vengan á nosotros, es preciso que empecemos por darles el ejemplo de la justicia, presentando ante sus ojos el espectáculo de nuestra humanidad y bienestar. Conviene también que reformemos nuestro *medio social*, apropiado hoy para la vida del mal, á fin de que no tengan que esconderse los corazones generosos. Pero el hombre orgulloso que se jacta de civilizado, que se contempla en su ignorancia como el buho en su progenie, semejante en esto á todos los poderes establecidos, ha hallado más fácil hacer calumniar á los lobos, los sempiternos reformadores, antes que procurar su propia enmienda. El hombre ha *amotinado* contra el lobo la muchedumbre ignorante, y ha premiado á los fabulistas que le presentan como un malvado por excelencia, incapaz de corregirse. Para destruirle ha creado una institución especial, una raza de perros ídem.

Ha acabado por poner cobardemente á precio la cabeza del faccioso. El legislador de Atenas consignó que pagaría un talento por las orejas del lobezno, y dos por las del lobo adulto. El de Albión indultó de la pena capital al brujo, á condición de que debia emplear todos los recursos de su arte para destruir los lobos. Aunque hecha excepción del escritor socialista, no sé que exista en el mundo ninguna criatura que haya sido más odiosamente vilipendiada y calumniada que el lobo. Los acaparadores de la riqueza social y de los empréstitos nacionales, los lobos que husmean en la Bolsa, le han echado en cara su voracidad; los inventores de los medios de destrucción, su humor sanguinario; los hombres de ley, sus artificios engañosos; el pueblo, los accesos de furor á que se halla sujeto. El moralista ha procurado excitar contra el lobo la indignación de las gentes honradas y de los corazones generosos... Su ignorancia (la del moralista) se acomoda mejor á la teoría de la perversidad nativa, antes que inventar un sistema de educación susceptible de favorecer el desarrollo de las aptitudes honrosas de cada individuo y de cada especie. Y, ¿acaso esos moralistas habrían hecho por el lobo lo que no han hecho por el hombre? ¿Acaso los legisladores que se llaman civilizados no escriben todos los días que el hombre ha nacido malo y que la sociedad no podría existir sin el verdugo? El polizonte y el patíbulo, ¿no son acaso los atributos parlantes de la sociedad actual? Haced cuando queráis, pueblos ciegos y ministros torpes Rodead de murallas vuestras capitales; aumentad la guarnición; doblad ó triplicad el efectivo de vuestros esbirros; ensanchad las cárceles, comprimid, reprimid... nada bastará á encauzar el torrente del mal; vuestros esfuerzos serán insuficientes á contener su ímpetu; porque el fundamento de todos estos males está en la miseria y en el trabajo repugnante; y este torrente, cuyas aguas crecen y crecen sin cesar, no se detendrá mientras no se seque el manantial de que ellas proceden.

Entendedlo bien, urdidores de discursos, que clamáis tan elocuentemente en la tribuna contra las malas pasiones, el origen de los desórdenes sociales no se halla allí donde vosotros tenéis interés en que se halle.

Los desórdenes de la sociedad tienen su origen en la opresión del trabajo por el capital parásito y el trabajo repugnante.

A. Tousseñel.

Nuestro Congreso antimilitarista.

Bajo la iniciativa del emperador de la paz, el czar Nicolás Romanoff de Rusia, los gobiernos celebraron la Conferencia de la Paz. Esta comedia fué representada en La Haya y en uno de los palacios de nuestro reino.

¿Por qué el pueblo no hará él mismo un congreso para protestar seriamente contra la paz armada, contra los ejércitos permanentes, contra todo el militarismo?

Se ha decidido, pues, celebrar un congreso en el mismo país donde se representó aquella comedia, y si es posible en el mismo local. La voz del pueblo, que es la voz de Dios, como se dice siempre, debe pronunciarse enérgicamente contra el militarismo que, bien lejos de disminuir, cada día aumenta más. El interés del pueblo es muy diferente del interés de los gobiernos. Para los pueblos no hay una buena guerra ni una mala paz. Los pueblos no pueden vivir en la paz, pues el trabajo y la guerra son dos antítesis. Pero los gobiernos, que sostienen grandes ejércitos, aspiran a la guerra para aumentar su poder y también para servir de pararrayo, por la fuerza siempre creciente de los obreros.

Contra la divisa de los emperadores, que dice: *Mea voluntas suprema lex* (mi voluntad es la suprema ley), nosotros tenemos esta otra, que dice: *Voluntas populi superior legibus* (la voluntad del pueblo es superior a las leyes).

«Si mis soldados pensasen ya no habría ni uno en las filas», dijo una vez, con mucha razón, el rey filósofo Federico II, llamado el Grande. El pensar es contrario a la fuerza bruta. El que piensa lucha con los argumentos de la razón. El que no tiene argumentos hace uso del derecho del más fuerte. Argumentos no son armas. Armas no son argumentos sobre el terreno de la razón. Quien quiere el reino de la razón no quiere la guerra, y quien quiere la guerra no quiere el reino de la razón. La *ultima ratio* de los reyes es el cañón; la *ultima ratio* de los pueblos debe ser la razón.

Por consiguiente, no existe relación alguna entre la guerra y la razón, y nosotros, que queremos ser los portadores de la civilización contra la barbarie de otras veces, nos ponemos decididamente en oposición a todos los que buscan la fuerza en las armas.

Pero, ¿para qué un congreso?

Para reunirnos; para discutir nuestras opiniones, esperando hacer cosa mejor, mucho mejor que discursos. Hay muchos puntos que examinar y discutir.

Por ejemplo: la *huelga militar*, el *negarse a ser soldado*, la *instrucción y militarismo*, las *madres* y el *militarismo*, etc., etc. Será preciso examinar el militarismo bajo todas sus fases. Con frases y declaraciones platónicas no adelantaremos nada. Los gobiernos se entregan a la guerra, se nos rien en las propias narices y continúan su camino sangriento.

¿Donde está el tiempo en que Jules Guesde escribía: «Nosotros estamos resueltos y los partidos socialistas deben de estarlo también, en lanzar la Revolución frente los ejércitos en marcha?» Es preciso empeccomo a preparar el terreno; sobre todo porque el imperalismo y la reacción respiran por todas partes. Sí; si no me equivoco, tenemos delante de nosotros un período de reacción.

Roma es más poderosa que nunca.

Acariciada por un mismo emperador protestante, como Guillermo II de Alemania, el papa moribundo sabía que en última instancia los poderosos de la tierra buscarían su tutela bajo los brazos de la Iglesia.

La Iglesia y el ejército no han siempre marchado de frente y, estad seguros, el capitalismo preferirá más proclamar al papa jefe del mundo entero que dar a los hombres sus derechos. Los burgueses, que detestan la guerra, quieren gobiernos fuertes para tener a las masas obreras en una ciega obediencia, y quieren parlamentos para dar una sanción aparente a sus actos. Ellos cierran los ojos ante la deplorable situación económica, ¡los locos! Declaran detestar la guerra y hacer todo lo que pueden para conservar lo que puede incitarla. Desprecian el fin, dicen, y cultiván los medios.

La reacción es el partido de la autoridad que se extiende desde Roma hasta la socialdemocracia; del papa romano hasta Marx, otro papa. Ella es una masa reaccionaria contra los anarquistas, y hacen como Luis Blanc, el viejo socialista, que votó con toda la

banda clerical, para declarar que Thiers, Mac-Mahon y Gallifet habían merecido bien de la patria por haber ahogado la Commune con sangre de sus combatientes.

Sin el militarismo la autoridad no puede quedar en pie. Todos los legalitarios mantienen el militarismo, tanto los que quieren los ejércitos permanentes con el servicio obligatorio para todos, como los que quieren la nación armada como en Suiza.

¿Es que en Suiza, como en Francia, los militares no han disparado contra los huelguistas?...

¿Nuestro congreso será anarquista?

En él habrá lugar para todas las opiniones que luchan por la divisa:

*Al militarismo, ningún hombre;
ningún céntimo.*

Probablemente los anarquistas formarán la mayor fuerza por ser los enemigos más encarnizados del militarismo, y por ser también los que tienen un odio completo á la autoridad, bajo cualquier forma en que ella se muestre. Pero nosotros acogéremos con placer á todos los hombres de buena voluntad, pues el militarismo debe ser combatido con todas nuestras fuerzas.

El congreso se celebrará en Amsterdam el 7 de Septiembre y días siguientes con una orden del día que será publicada más tarde.

A todos os damos cita al congreso: Que vengan de todos los países los amigos de la paz; que vengan á entenderse sobre los medios para matar ese monstruo llamado militarismo y que es el mal más grande de nuestro tiempo.

Que vengan á protestar enérgicamente y hagan entender á los *amos* de hoy esta enérgica afirmación: Hasta aquí y no más adelante.

Que unidos por el mismo pensamiento, vengan á darse amigablemente la mano sin distinción de frontera, de religión ni de raza, los que luchan por los mismos ideales.

Si se os pregunta: ¿cuántos sois? contestad: somos uno, puesto que todos somos hermanos. Porque el que es más fuerte que uno solo será menos fuerte que dos, y el que es más fuerte que dos será menos fuerte que cuatro.

Que el alba del siglo xx sea el presagio del siglo de la paz y de la libertad.

F. Domela Nieuwenhuis.

(De *L'Ennemi du Peuple*, de París.)

OBSERVACIONES SOCIALES

Parasitismo y anarquía.

El parasitismo es ún hecho natural; más aún, es una realidad necesaria de la vida universal; si las especies vivas no viviesen unas á expensas de otras, la materia pararía su eterna circulación, el círculo vital se cambiaría en seno de muerte, el infinito en nada.

Empero la verdad total, para nosotros los hombres actuales, se halla muy lejos de nuestro conocimiento; si el absoluto fuese conocido por nuestras inteligencias, no seríamos hombres, sino dioses; si yo conociese la verdad absoluta contenida en lo cognoscible de una hormiga, dejaría de ser *uno*, porque lo sería *todo*, y rompiendo mi limitación quedaría infinito.

Por desgracia, no somos así; y digo por desgracia, por la sencilla razón de que si así fuéramos, la anarquía no sería una tendencia, sino un hecho.

Mas limitada, como es en la actualidad nuestra inteligencia, y dándose, como se dan hoy, inteligencias tan limitadas que podríamos calificar de ciegas para todo otro horizonte que no sea el estrictamente tenebroso del capital, de la tiranía y del robo, debemos confesar que nuestras parciales y relativas inteligencias sólo verdades relacionadas y particulares pueden conocer, y por esto el hombre actual, que incondicionalmente generalizase á las relaciones sociales de la humanidad, el hecho de observación diaria del biólogo, que comprueba á todas horas, el parasitismo de las especies haría la generalización más bárbara que hacerse puede; porque el hombre, en sus manifestaciones superiores, es incomparable; sólo él es capaz, con su complejidad de mecanismo pluricelular, complicada con un sistema nervioso consciente en parte de sus conducciones, sólo

él es capaz, digo, de darse cuenta de sus parasitismos, y no sólo de esto, pues con ello en nada se diferenciaría de todos los seres que por debajo de él son, sino que al mismo tiempo que se da cuenta, surge en su interior la visión de otro modo mejor de vivir con eliminación de todo humano parasitismo, parasitismo el más complejo y el más abreviante... si el herbívoro se alimenta de plantas y el carnívoro del herbívoro, ni eso es parasitismo ni es lucha por la existencia; es uno de los infinitos círculos que la transformación de la materia describe indispensable y necesario á la vida universal... el que un prótalo se quede en la planta madre viviendo á su costa, es un autoparasitismo necesario á la perpetuación de las especies, porque ese parásito en la planta es su belleza, es su flor que llama al polen, el cual nunca deja de venir traído por los insectos... en una sociedad de abejas, las obreras alimentan al zángano y hasta cierto punto y en el sentido que doy á la palabra parasitismo (1), el zángano en esa sociedad es un parásito; pero si vemos que es un macho necesario á la sociedad, queda fuera de mi concepto de parásito; si fuera inútil ó perjudicial á la asociación, el zángano sería la comparación del parasitismo animal más adecuado al humano, porque como éste, sería un parasitismo inútil y perjudicial á distancia.

En efecto, si contemplo la vida humana, veo en las familias individuos adultos que viven á costa del trabajo del padre, de la madre ó de la hermana ó hermano, dándose casi siempre el caso de que en una familia todos son parásitos menos uno, y siempre (sin casi) se ve que el número de parásitos (fuera ya de las familias) de un individuo de la sociedad humana crece como el cubo de su condición social, de donde resulta que sea cual sea la condición social del individuo mantenedor, no basta á satisfacer á todos aun á costa del agobio, y entonces, si ha de mantener á todos sus parásitos, tiene que recurrir á medios ilícitos muchas veces hasta agobiarse de hacer injusticias, medios ilícitos que varían según la profesión y el sexo, la prostitución en las hembras mantenedoras, la inmoralidad profesional en el hombre sustentador.

Y así mirada, vista bajo este aspecto, lo irritante, lo que no puede aguantarse más, es el estado actual de parasitismo doble y superpuesto, como de la horriblemente actual injusticia social.

En lo más bajo, en lo más hondo, los hombres-basales, los proletarios, los seres activos, los directamente transformadores, los creadores, diríamos, si no fuésemos transformistas, por ser los que realizan la vida, informando lo amorfo, vivificando lo inerte, dando de sí todo lo que es actividad, calor, luz, electricidad, vida, en este sitio se hallan los obreros manuales y los intelectuales: el trabajador en hierro, que eleva la cotización de la acción ferroviaria ganando tres pesetas, y el catedrático que engruesa los ingresos del Estado, del mal Estado, ganando al día cuatro pesetas.

Viviendo á costa de esta multitud unos cuantos privilegiados, los burgueses, pocos, pero insaciables, porque sustentan á muchos, á una segundamultitud de parásitos segundos.

Parásitos segundos que vienen á ser sus necesidades por aberración patológica, pues en realidad, esos parásitos segundos son el prototipo de lo innecesario, el antípoda del mal necesario, el mal patológico, el *kakon*, en efecto; qué seres podrán hallarse más inútiles que prostitutas, cómicos en todas sus variedades, gladiadores taurinos, curas, militares, y tantos otros parásitos, ó mejor y tantos otros bacilos que no sirven más que para satisfacer, quiero emplear su habla, el apetito desordenado de los burgueses, su inercia física y su lujuria, las mujeres que se venden, su tristeza los comediantes, su crueldad los toreros, su miedo curas y militares, ahuyentadores de sus terrores á lo desconocido y de su endeblez á lo que se conoce, etc., etc.

Todos estos parásitos segundos, inútiles para los de lo hondo, no lo son en absoluto, porque en cierto modo, sostenidos por la endeblez de la burguesía, mantienen á su vez la enfermedad que inconscientemente y constantemente venga al proletario aferrándose al burgués.

Ahora bien; si la anarquía lo que trata de hacer es destruir el parásito primero separando radicalmente lo muerto de lo vivo, todo el que esté en el bajo fondo con el cuerpo sano y vigoroso, la inteligencia no podrá menos de gritar conmigo:

¡Viva la anarquía!

(1) Vida de un ser á expensas de otro (siempre sobre él, aunque esté á distancia, pues siempre pesan los parásitos) sin utilidad alguna para el sustentador.

LA REVISTA BLANCA

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

Preços de suscripción... } Un año..... 5,00 ptas.
Un trimestre..... 1,50 —

Número suelto, **25** céntimos,

CON 25 POR 100 DE DESCUENTO A LOS CORRESPONSALES

ADMINISTRACION

Cristóbal Bordiu, núm. 1. MADRID

TIERRA Y LIBERTAD

DIARIO ANTIPOLITICO

Número suelto, **5** céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, **0,75** pesetas.

REDACCION

MALASAÑA, NÚM. 33. MADRID